

pena, que no acertaba á seguir confesando; por lo cual preguntó á sus confesadas, si sabían quién era una señora qué acababa de confesar. Todas le dijeron que nó. Entónces les encargó que me buscasen, y al cabo de un rato le dijeron que me había retirado á una capilla, pues, por el traje nuevo y de distinta hechura, me habían sacado, ó inferido que fuese extranjera. Quedóle tal pena que ya no me quitó ninguna Comunión, y decía después, que me quería como si fuera hija suya.»

—«Es V., solía decirme, *la niña mimada de Dios.*»

«Tenía yo por entonces disgustos de mucha consideración. Pregunté á la Santísima Virgen qué quería hiciera yo, á fin de que todos se arreglaran. Dióme á entender que en el mes de Mayo se arreglarían. Como aún faltaba mucho para ello, estuve combinando cómo arreglarlo para cumplir por mi parte lo que la Virgen quería. Habiéndolo consultado me dijeron que si no se cumplía como yo creía, tomase mi partido (1).»

«Venía yo una mañana de mi iglesia de Cobder, y detrás de mí dos señoras, como disputando entre ellas si era ó no era. Entendí que hablaban de mí. Al cabo la mayor, que era una señora de edad, se acercó y me dijo :

(1) El partido de volverse á España.

—¿Es V. la hermana del Embajador de España, el conde de la Vega del Pozo?

Sí, señora, le dije.

—¡Lo ves! le dijo ella á su joven interlocutora.

«Como ya era la hora del almuerzo rehusaba yo que me acompañaran á casa, pero no hubo medio de evitarlo. Entraron en mi cuarto, como si hiciera mucho tiempo que me hubieran conocido, y estaban como si me hubieran tratado con intimidación; siendo así que yo estaba seria, pues no las conocía. Ellas, por el contrario, me tomaban la mano, me besaban y expresaban con vehemencia la gran satisfacción que tenían de tratar conmigo: yo no sabía qué pensar.»

—¡Tiene V. aquí un traje muy bonito para ponérselo!

«Mi criada dijo entonces con gran sorpresa mía:

—Es que ya será hora de almorzar si ha de vestirse la señora.»

«Se empeñaron en ayudar á vestirme y, como parecían señoras muy finas, yo no sabia qué hacerme, y estaba muy confusa é inquieta por el retraso en el almuerzo. En esto llega un recado de mi hermano de que no me diese prisa, y que esperase todo el tiempo que quisiera. Hablamos de diferentes cosas, y, por despedida, me pidieron hora para hablar después conmigo más despacio y con más confianza. Diéronme sus tarjetas, convinimos en vernos á las tres, y se fueron. Subo arriba y me

hallo á todos esperando y sin almorzar, y diciéndome:—¡Gran visita, señora! Sepa V. que son de lo principal del país, y que de eso se estila poco. La una es la baronesa D'Obbarse, hermana del obispo Monseñor D'Argenteau; y la otra Mademoiselle Meus, hija del Presidente del Banco, que acaba de ser Ministro. Sorprendióme todo esto, pues no me lo explicaba; y me embromaron sobre ello, pues no las conocía ni las había visto anteriormente.»

«A las tres no pudieron venir, según me enviaron á decir. Fuí con mi cuñada á devolverles la visita, y tampoco las hallé. Supe que eran muy buenas, ricas y de la nobleza principal de Bélgica.»

«Como había reducido mis gastos tenía más dinero para dar limosnas, con lo que se llenaba más de gozo mi corazón, al poder consolar y socorrer á los afligidos; y en verdad que no tenía entonces gran mérito en no gastar yo nada en lujo; pues tenía un magnífico equipo que me había hecho en París, en 1846, en el que malgasté mucho dinero en vanidades. ¡Lo confieso con harto dolor!»

«Para reparar en lo posible esta falta, resolví no gastar nada más en mi persona, no siendo de absoluta necesidad, y dar á los pobres lo que ahorrarse.»

«Como mi cuñada estaba delicada, se acostaba á las diez y media, ó á las once: esto me proporcionaba el ganar por la noche un par de horas para mi oración. De esta manera ganaba para por la maña-

na dos horas para visitar á los pobres , desde las diez en adelante ; sin quitar nada á mis rezos.»

«Había una mujer de un sastre, que se hallaba completamente hinchada, y tenía que estar día y noche sentada en un sillón: además no convenían el marido y la mujer en ideas religiosas, lo cual siempre trae graves disgustos en las familias. El marido era muy bueno y bastante religioso: los oficiales que buscaba eran lo mismo; pero la mujer, ya fuera por efecto del mal, ó por las sugerencias de las criadas y de sus amigas, que casi todas eran protestantes, se había entibiado de tal modo en punto á Religión, que vivía en un completo abandono, en estado de desesperación, y en lucha con las ideas del marido, el cual veía con harto dolor que se iba empeorando de día en día.»

«Una equivocación, al parecer casual, me llevó allá. Iba yo buscando una enferma en la misma calle, y pregunté allí, dando las señas de la enferma á quien buscaba.—Es más arriba, me decía uno; otro, por el contrario, me decía que era más abajo.

—«Entre V., si gusta, me dijo el sastre: también mi mujer está mala.»

«Dábame vergüenza el entrar; pero el sastre me hizo tantas instancias, que ya me pareció que sería cosa de orgullo el no acceder.»

«Estaba el maestro sentado en una tarima, á modo de mesa, con cuatro ó cinco oficiales, y en un rincón, una mujer descomunadamente gruesa,

sentada en un sillón. Sentí gran rubor al verme dentro: la mujer me hizo sentar á su lado, y entré en conversaci6n con ella para vencer mi orgullo. Halléla en peor estado moral que físico. Le hablé con suma eficacia y cariño; pues le dije que me causaban gran interés los enfermos. Largo rato estuve con ella, y observé que todos me agradecían mucho la visita, inclusa la criada, que en un hornillo aderezaba algo para la enferma, y se vino á escucharme, dando con su cabeza muestras como de aprobaci6n. Cuando me despedí, me rogaron que volviera, y la enferma lloraba de gratitud. El marido quiso acompañarme para enseñarme la casa de la pobre que iba buscando, y en el camino me dijo que su mujer no se quería confesar, y me explicó algunas otras cosas, que me dieron luz acerca de su estado. Dejóme el sastre en la casa que yo buscaba, y se fué muy contento.»

« De intento pasé al día siguiente por la casa, y pregunté por la enferma, como sin intenci6n de entrar, pero la enferma me llamó, como si tuviera celos de que iba á la otra y no entraba á verla á ella. Yo le manifesté que la otra enferma me necesitaba más, y que me había llamado, y era pobre.»

—«Quizá la necesite yo á V. más que la otra, me dijo, y en seguida á media voz me hizo varias confianzas. Formé, pués, mi plan, y por contentarla ofrecí ir á verla todos los días, haciéndome antes de rogar. Leía, pues, y le hablaba con la energía,

que me es característica, y además en mis oraciones le pedía al Señor que pusiera en mis palabras tal unción, que obrara en aquel alma un cambio tal, cual ella necesitaba.»

«En uno de estos días, en que me hallaba más fervorosa, aparentaba yo leer lo que les decía, pues todos me escuchaban, y aún solían esperarme con grande impaciencia. Tenía abierto un libro como si hallara allí lo que les decía. Lloraban todos, y yo con ellos; pues como Dios ponía en mi boca aquellas palabras, también á mí se me hacían nuevas; y me convenían sobre manera. Despedíme de mis sastres y oficiales, y de la criada, abrazando á mi enferma, con verdadero y sincero cariño: al ir á volverme, hallé que me abrazaban á su vez dos señoras, que lloraban también muy conmovidas. ¡Cuál sería mi sorpresa al ver que eran la Baronesa D' Obbarse y Mlle. de Meus, las dos de la visita de pocos días ántes, que me ayudaron á vestir cuando iba á almorzar! Corrida de vergüenza salí con ellas á la calle; pero ellas no me quisieron dejar, acompañándome hasta casa, y rogándome las admitiese en mi compañía. Refiriéronme que fueron á mi casa aquel día, porque les chocó verme salir de casa de aquel sastre; que le preguntaron de qué salía yo de allí, y éste se lo dijo y ponderó, de modo que tenían vivos deseos de conocerme; pero ni el sastre sabía mi nombre, ni quién era yo, y esto fué lo que les hizo dudar, si sería ó nó la misma que ellas habían visto

otras veces salir de allí. Después averiguaron quién era yo, y deseaban las llevara conmigo á visitar á mis pobres. A veces, nos reíamos al observar la confianza y unión de afectos y miras que da nuestra Santa Religión, y aún más cuando se ejercita la caridad con los pobres.»

«Por lo que hace á mi pobre enferma, recibí todos los Sacramentos con gran fervor, y estas señoras pusieron el altar, y siguieron haciéndole sus visitas, hasta que murió con gran conformidad en la voluntad de Dios, y resignación; quedando todos muy satisfechos de la casualidad aparente con que la Divina Providencia me llevó allá.»

«Entre mis pobres tenía algunos cuyas circunstancias eran bien penosas; y procuraba socorrer á los más retirados y desatendidos, porque me creía entonces mucho más útil allí. Tenía uno que vivía en un sobradillo de una buhardilla, que, más bien que habitación humana, era una gatera. Había que trepar hasta allí por una escalera de cuerda, que se enganchaba á la entrada del boquete. Llevé allí á mis dos compañeras, y por el camino las fuí embromando con muy buen humor, diciéndoles que iba á ver si eran cobardes, con lo cual nos íbamos riendo, asegurándoles yo que no podrían ver á mi pobre. Y en efecto, ¡cuál fué su sorpresa cuando vieron que cogía la escalera de cuerda, y la enganchaba para trepar á la gatera! Atéme á la cintura un saquito en que llevaba el socorro para mi pobre enfermo.

Luego que subí comencé á instarlas para que subiesen , por hacerles rabiarse un poco ; puesto que ya veía que no podían, pues intentaban subir ya la una, ya la otra; mas al llegar al quinto escalón se echaban á temblar, y se bajaban sin atreverse á subir más. También yo temblaba algo siempre que subía; pero me animaba la idea de que subía al cielo, y de que en aquel pobre veía á Nuestro Señor Jesucristo.»

«Por lo que hace al pobre enfermo, hacía dos años que se hallaba postrado en una cama , al cuidado de una hija suya, costurera, la cual, para mantenerlo , tenía que dejarlo solo, yendo solamente dos veces al día para darle lo más preciso. Yo iba diariamente , le daba un rato de conversación, le leía y animaba. Nos hicimos muy amigos, y me consideraba como su segunda hija , y, como no sospechaba quién era yo, había así mayor intimidad y confianza, y para llevarle lo que yo conocía podía hacerle falta. No tenía más que una camisa de chaconada, de color de rosa, hecha con un vestido viejo de su hija , dos sábanas muy viejas de otros de distintos colores, un jergón de paja y unas mantas muy viejas. Yo repuse este ajuar. Excusado es decir que mis dos acompañantes me daban todo lo necesario para el padre y su hija, y , por mi parte, procuré proporcionarle trabajo á la hija para que estuviese al lado de su padre; pues podía trabajar allí por tener el camaranchón muy buena luz. Ayudaba á la hija á mudarle la cama á su padre, pues ella sola no podía,

y había que hacerlo con mucho trabajo; porque apenas cabíamos los tres. Todo esto me producía un gozo indecible.»

«Como yo trataba de inclinarle á que se confesara, ponía el reparo de que no podría subir el sacerdote, y, como á las dos señoras les daba tanta pena el no poder subir, debieron hablar con el párroco acerca de este asunto y de la confesión. Ofrecióse éste á ir allá y subir; puesto que subíamos la hija del enfermo y yo. Y en verdad que fué una escena muy tierna, cuando el sacerdote trepó por la escalera de cuerda para darle la Sagrada Comunión, y confieso que en mucho tiempo no olvidé la impresión que me causó aquel acto.»

«Como ya la gente de la casa y de la vecindad se fué enterando, bajaron de aquel camaranchón al enfermo, y, como ya estaba mejor asistido, y no me necesitaba tanto, lo fuí dejando de visitar.»



CAPÍTULO XII.

*Las flores de Mayo y con ellas una gran tranquilidad.—
Los baños de Spá: dón de contrición.— Pedid y recibid,
réis, y el socorro de la viejecita.*

No le faltaban á la Vizcondesa en Bruselas sin-
sabores parecidos á los que en otro tiempo ha-
bía tenido en París. No había maestresala inglés;
pero había dos criadas á cual más chismosas, que
la odiaban, y hubieran deseado malquistarla con sus
hermanos: áun los agregados á la embajada tam-
poco vivían en completa avenencia. Trataba aquélla de
venirse á España, donde creía hacer más falta que
en Bélgica, pero se oponía su hermano, se afligía su
cuñada, y el confesor le mandaba sufrir y resig-
narse, y ella se complacía en ofrecer al Señor aquel
sacrificio de obediencia, humildad y mortificación
interior, más doloroso que las ortigas, silicio y ayu-
nos, con el apéndice del dolor de estómago. Al en-
comendarse á la Virgen, una voz interior le había
ofrecido que lograría la paz durante las flores de

*

Mayo. Pero ¿sería ilusión? ¿Sería aquella *habla interior* de esas que describe Santa Teresa, y que no dejan duda alguna en el ánimo de las personas dadas á la contemplación?

El mes de Mayo llegaba y no había apariencias de bonanza. Temía haberse alucinado: ¡hay en la vida espiritual tántas ilusiones...!

Tenía que hablar el Rey, reservadamente con el Plenipotenciario de España. Recibió éste una invitación para asistir á la cámara de la Reina, con su mujer y hermana, donde fueron recibidos con gran cordialidad, sosteniéndose una conversación animada. Hablóse de las flores de Mayo, y la Vizcondesa manifestó que sentía que sólo se hiciesen por la noche: como los belgas son muy laboriosos, tiene que ser así, porque puedan asistir á ellas sin faltar á su trabajo y quehaceres. Pero á bien que en Bruselas, como en todas las cortes y grandes centros de población, no todos tienen que asistir al taller y á la oficina. También procuró mediar con la Reina para terminar algún pequeño desacuerdo que había entre un respetable señor párroco, y los individuos de cierto Instituto religioso, habiéndose conseguido poco después la buena armonía, pues alguna parte cabía á la Corte en que no la hubiera. La Reina manifestó á la Vizcondesa que, cuando quisiera verla, podía subir por la escalera reservada, para lo cual estaba ya avisada su camarera mayor la condesa de Merode.

Al día siguiente ésta le avisó, de parte de la

Reina, que las flores de Mayo se harían en la iglesia de los Mínimos, con Misa solemne y Manifiesto, de diez á doce, de modo que pudiera quedar tiempo para almorzar á las doce. Después se supo que costeaba la función la Reina: hallóse también la Vizcondesa con que le habían colocado sillón y estrado, y no comenzaban hasta que ella venía.

Además de hacer las flores de Mayo por la mañana, acordó hacerlas por la noche con toda la familia, á cuyo efecto arregló en su cuarto un oratorio muy lindo. Ofrecióle su cuñada bajar todas las noches, y asistía toda la familia. Se dispuso que todos confesaran y comulgaran, y así lo hicieron: sólo se negó á ello la doncella de mal carácter, lo cual, juntamente con haberse descubierto algunos de sus enredos, hizo que se la despidiera con otra, la cual apoyaba sus patrañas y embelecas.

Cumplióse, pues, la oferta de la Virgen: la voz interior no era ilusión. La familia vivía en gran paz y armonía, y desde luego continuaron la antigua confianza, los rezos en familia, las peticiones á Dios mancomunadamente, y el mutuo fraternal cariño. Ya no se habló de volver á España; lejos de eso, la Vizcondesa, para corresponder á ese favor, ofreció á la Virgen obedecer á la Marquesa, su cuñada, como si ésta fuese una superiora, y ella una novicia; sin perjuicio del voto de obediencia que tenía hecho al P. Carasa. « Desde entonces, dice ella, y en los años que vivimos juntas, jamás

hice resistencia á nada de lo que indicaba mi cuñada, antes bien, lo ejecutaba con cara alegre, y como que deseaba aquello mismo que ella indicaba. No toleraba que se dijese nada contra ella, ni la más ligera crítica, ni de parte de las criadas, ni de ningún otro; antes bien procuraba explicar todo por el lado bueno, como la caridad enseña y sabe ejecutarlo.»

Procuró también lo mismo con respecto á los agregados de la embajada, en lo que podía por su parte.

Pasó el mes de Junio con gran calma y tranquilidad; pero le aquejaba un temor. Al mes siguiente debía ir á los baños de Spá, que habían recetado á su cuñada; y como se piensa tan poco en Dios en los establecimientos de baños, temía no poder tener allí sus rezos y devociones, y quizá hallar tropiezos para poder comulgar con frecuencia. Mas una voz interior parecía también decirle: ¡Tú no me faltes á Mí, que Yo no te faltaré jamás!

«Fue esto por el mes de Julio de 1847, y desde entonces, en los diez y ocho años que han mediado hasta 1865 (1), ni un día he dejado de hallar al Señor, siendo necesario muchas veces que Este obrara portentos para que esta oferta se me cumpliera. Como estos favores dejan el alma tan animada

(1) Dos años antes de su muerte, cuando ya, llamada la Madre Sacramento, escribía esto por mandado de su Director el P. Félix Cumplido, Provincial de la Compañía.

y fortalecida, ofrecí al Señor vigilarme más, de modo que no le ofendiera gravemente.»

Tampoco esta voz interior le salió fallida. Lejos de faltarle en Spá medios de estar en íntima comunicación con Dios, puede decirse que le sobraron.

El señor párroco de Spá era un sacerdote de gran virtud y talento. Viendo el fervor y caridad de la Vizcondesa, no solamente no le negó la Comunión diaria, sino que mandó hacer otra llave de la puerta de la iglesia, igual á la de uso, y se la dió para que entrara cuando quisiera, á visitar al Santísimo, y pudiera quedarse dentro á puerta cerrada: ¿qué más podía desear? Además, la puso en relación con una Comunidad de Hermanas de la Cruz, que cuidaban de pobres, con las cuales contrajo mucha amistad.

Lejos de decaer de fervor, como había temido, logró vivir allí aún mejor que en Bruselas. El baño de la Marquesa duraba algunas horas, pues necesitaba reposar después de tomarlo. Tenía además que acostarse temprano, y lograba de ese modo la Vizcondesa ganar algunas horas de oración, á veces hasta la una y las dos de la madrugada. Como los de la embajada se retiraban del teatro y saraos bastante tarde, y las ventanas del cuarto de la Vizcondesa sólo tenían cristales sin contraventanas, por la bondad del clima, al ver luz en su cuarto, solían decir: «La Vizcondesa está de maitines.»

Un día en que estaba encerrada en la iglesia,

durante el tiempo del baño de la Marquesa, tuvo un gran arrebató de compunción , presentándosele con toda claridad sus culpas , en su número y gravedad. Agobiada de dolor , creyó morir de pena , pero el Señor trocó en dón de lágrimas la tempestad de su corazón ; y soltó la rienda á un llanto copioso , creyéndose sola. Grande fué su pavor y susto al sentir que le tocaban suavemente en el hombro. Durante su congojoso llanto no había sentido abrir la puerta de la iglesia , y que entraba el respetable párroco. Viéndola éste tan acongojada , se fué al confesonario indicándole que le siguiese. Confesó allí con gran amargura lo que acababa de sucederle , y sus pecados. El respetable sacerdote le dijo que , en su juicio , aquella contrición que acababa de tener era el mayor favor que Dios le había hecho , perdonándole sus pecados , y procurando consolarla y exhortándola á que aspirase á la mayor perfección. Hízole salir por la sacristía al jardín de la casa parroquial , donde le dió agua para que acabara de serenarse.

Como estaban ya para marcharse á Bruselas , le dió , para que leyese durante el viaje , un librito sobre *la dulzura* (1) , conociendo lo fuerte de su carácter

(1) Conjeturo que sería el lindísimo opúsculo del padre Faber , que tenemos bien traducido al español , con el título de «*La Bondad*,» algo equivalente al de *La Dulzura* que dice la Vizcondesa , debiéndose la versión de aquél al bondadoso Sr. D. Santiago Masarnau.

enérgico y altanero, y lo mucho que le costaba dominar su orgullo.

A continuación de esto refiere un suceso sumamente curioso, que debió ocurrir en Bruselas, probablemente á poco de regresar de los baños.

Como vivía con ménos lujo, y con algo más economía que en París, hacía más ahorros para los pobres, según queda dicho. En cierta ocasión, en que tenía ahorrados dos mil reales, quiso consultar con el Señor á quién los daría. Sintió una inspiración á modo de voz interior que le decía que los diera á quien le dijese.—«Pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá.» Pero ¿quién iría á decirle esas palabras tan extrañas para pedir limosna?

Al salir de la iglesia, llegóse á ella una viejecita y le pidió limosna en nombre del Santísimo Sacramento. Fuerte era la intercesión, pero no era esa la contraseña. Apretó el paso, pues faltaba poco para la hora del almuerzo. Siguió sus pisadas la viejecita, y al llegar á la puerta de la casa, quedó pasmada la Vizcondesa al oírle decir:—Señora, Dios dice: pedid y recibiréis, buscad y encontraréis... Casi quedó trémula del asombro que esto le produjo, á pesar de la certeza que tenía del aviso al verlo cumplido, y no pudo menos de dar allí mismo un abrazo á la viejecita. Pidióle las señas de su casa, y le dijo que esperase en ella á eso de las tres. Así que almorzó fué corriendo á una iglesia

para dar gracias á Dios , y de allí á la casa de la viejecita, que vivía en una buhardilla. Todos los de la casa le hablaron muy bien de ella : estaba casi ciega y no podía trabajar. El dueño de la casa le ofreció á la Vizcondesa darle habitación y mantenerla, por quinientos francos, mientras viviese. Cerróse el trato en el acto , y la Vizcondesa quedó tanto ó más contenta que la favorecida viejecita.



CAPITULO XIII.

Obras de caridad en Bruselas y sus inmediaciones.—Asociaciones piadosas: humillación en una de ellas.—La obra para el socorro de iglesias pobres.—Conversiones de mujeres de mala vida.

A poco de haber llegado á Bruselas llevaron á la Vizcondesa á ver una escuela dominical, que había en las inmediaciones, donde oían misa algunos jóvenes y niños, y luego escuchaban una plática de media hora : después de un ligero desayuno se les daba alguna lección de leer , escribir , catecismo y preparación para la confesión y primera comunión á los que no la habían hecho. A la salida se les daba un pan para llevarlo á su casa, y á veces alguna prenda de vestir. No era precisamente un patronato de niños, pues concurrían adultos y hombres casados. Ocurrió una vez que una mujer vino preguntando qué hacían allí con su marido , pues desde que iba allá se había vuelto muy bueno.

Pero la escuela arrostraba por entónces una si-

tuación muy crítica por falta de recursos , y estaba próxima á ser cerrada. No pudo sufrirlo el generoso corazón de la Vizcondesa. Después de dar lo que pudo , abrió una suscripción y pidió á los conocidos que tenía en el Cuerpo diplomático , logrando reunir para sostener la escuela durante dos años, con lo cual había esperanzas de que , durante ese tiempo , se allegasen recursos para que continuára.

A otra escuela no menos interesante la llevó la Baronesa D'Obborste. Corría ésta por cuenta de Monseñor D'Argenteau , su hermano , y estaba en una posesión suya cerca de Bruselas. Tenía allí éste una gran quinta , con magnífica iglesia , una rica galería de cuadros , y grandiosa estufa con miles de plantas exóticas , la cual servía de paseo en tardes frías y tempestuosas.

La escuela era una especie de rotonda separada en dos partes y con dos puertas contrapuestas, por una de las cuales entraban los niños á su departamento , y por la otra las niñas. A media mañana se les daba un almuerzo , y por la tarde volvían á sus casas , acompañados de sus respectivos maestros, pues eran de las granjas y pueblos inmediatos.

Gustaba mucho la Vizcondesa de estudiar todas estas instituciones y escuelas , donde siempre hallaba algo nuevo que aprender para poderlo practicar, ó aplicar en su día ; pero en materia de escuelas , decía que no había visto ninguna mejor montada que ésta.

En una de las casas de caridad que visitó, tenían castigada á una pobre niña huérfana. Intercedió por ella y le alzaron el castigo. Siempre que volvía por allí preguntaba por ella , y con deseo de saber si se había enmendado. Hallóla un dia llorando por haberse muerto la señora que le costeaba la pensión de sesenta reales, por lo cual tenía que salir del establecimiento. Ofrecióse la Vizcondesa á pagar por ella , y siguió en efecto sosteniéndola en aquella casa durante siete años, áun después de haber regresado á España. Más adelante, habiendo entrado á servir á una familia española, hubo de venir á Madrid. Acogióla nuevamente la Vizcondesa en su colegio , como distinguida , pero le costó esta obra de caridad algunos disgustos no pequeños.

A propuesta de la señorita de Meus y otras amigas suyas, la nombraron también Dama de Caridad en Bruselas, y la admitieron en la congregación de las Hijas de María. Pero allí tuvo que sufrir una fuerte humillación. Habíanse comprometido dicha señorita y la Vizcondesa á guardarse mutuamente , cual ángeles custodios, avisándose recíprocamente todas las faltas é imperfecciones que la una notase en la otra. Un día, después de algunos preámbulos , le advirtió, con mucha tristeza, que no volviese por la congregación de las Hijas de María. El motivo era que la habían expulsado de ella por asistir al teatro. Harto lo sentía la Viz-

condesa, pues el tener que ir allá le servía de tormento; además, llevaba los gemelos sin cristales, ó empañados, como queda dicho, y, en su feliz ignorancia de ciertas bellaquerías, no comprendía el doble sentido de algunas frases malignas. Pero vivía en familia, y obedecía á su hermano mayor cual una hija á su padre, y tenía además que acompañar á la marquesa su cuñada, á la cual también obedecía. Tanto el señor Dean, como el P. Delcour, que la confesaba y dirigía en ausencia de éste, lo sabían y le mandaban obedecer. Aceptó, pues, la humillación, y la ofreció á Dios resignadamente, aunque con hartó sentimiento.

Cuando fué á confesarse con el Sr. Dean, hubo de darle cuenta de ello, como era regular: nada sabía éste, y extrañó que hubiesen tomado una medida tan fuerte sin contar con él, pues era el Director de la Congregación. Mandóle que siguiera asistiendo, lo cual le sorprendió, recelándose mayor sonrojo; pero obedeció, y fué no pequeña su sorpresa al advertir que, así que entró, en vez de acogerla con ceño ó despego, por el contrario, todas la abrazaron con el mayor cariño. Más adelante supo que el Sr. Dean les había vituperado la precipitación con que habían procedido, sin amonestación, sin contar con él y sin haber estudiado las razones que hacían disculpable la conducta de su confesada.

Por entonces hubo de cooperar á la formación de la Asociación de Señoras para socorrer á las

iglesias pobres y adoración continua del Santísimo. Formaban parte de una y otra Asociación las dos señoras predilectas, D'Obborste y de Meus, la D'Argenteau, y las señoritas de Jolí, La Serna, y D'Evain, hermana de un general. Al frente de la Congregación se puso el P. Botin, de la Compañía de Jesús, el cual formó el reglamento, llegando más adelante á formar una comunidad, bajo su acertada dirección.

Al hermano de la Vizcondesa le gustaba esta obra más que la del Colegio, que siempre le repugnaba; así que no tenía inconveniente en ayudarle para ella. Alguna vez, al volver á su cuarto, encontraba al Marqués con sus amigos revolviendo en los armarios donde tenía las alhajas y ropas de iglesia, enseñándoselas.

Dió el Rey un gran convite para celebrar la primera Comuni3n de su hijo mayor, el actual Rey de Bélgica. El anciano monarca era protestante, pero muy tolerante, tanto más que, siendo cat3lica la gran mayoría del pa3s, y siéndolo también la piadosa Reina, hija del destronado Luis Felipe, se mostraba muy complaciente, al menos por entonces, con los cat3licos. Al banquete regio asistieron no solamente todo el cuerpo diplomático, sino también las familias de sus individuos. La Legaci3n de Espa3a hizo allí el principal papel, teniendo el Rey á su derecha á la Marquesa de los Llanos, como mujer del Ministro de Espa3a en Bélgica, y á la izquierda á la Vizcondesa, como hermana de éste. El Rey se

expresó con entusiasmo acerca de la gran fortuna que tenía España con *su unidad religiosa*, y las grandes ventajas que ésta le reportaba, aun bajo el punto de vista político. ¡Y era protestante! Manifestó igualmente á la Vizcondesa que sabía lo mucho que la apreciaba la Reina. Esta, después del banquete, le ofreció enviarle telas y ropas para la obra de las iglesias, y en efecto, lo hizo con profusión, y á su imitación varias señoras de la Corte y el Cuerpo diplomático, de tal modo que, no cabiendo ya en la habitación de la Vizcondesa, fué preciso trasladar el ajuar y guardaropa á la sala de un colegio, donde se pusieron cuarenta armarios, y en el centro unas grandes mesas, donde las señoras antes dichas iban á trazar y cortar las ropas, aprovechando las galas, telas y demás que al efecto les regalaban.

En ocasión en que la Reina estaba en el campo, llevando en su compañía al Sr. Dean, su confesor, le autorizó á éste varias veces para venir á Bruselas, entre otros motivos, para que pudiera confesar á la Vizcondesa.

Mas todo lo que estas obras tenían de bello, próspero y agradable, tenía de ingrata y repugnante otra tarea á que se dedicó en los tiempos que estuvo en Bruselas, siquiera fuese quizá más agradable á los ojos de Dios, y relacionada con los futuros destinos á que la llamaba la Providencia, á despecho del mundo.

Las mujeres públicas están (ó estaban entonces)

sujetas á una vigilancia muy rígida por parte de la policía, bien de otra manera que en España, donde la llamada libertad política, como hija del charlatanismo y la holgazanería y consorte del libertinaje, fomenta la prostitución, casi mimándola. Allí no solamente tienen que vivir las prostitutas en casas determinadas, sino que se les prohíbe entrar en las iglesias. Por cualquier trasgresión tienen fuertes multas: deben presentarse al celador semanalmente, y llevar un distintivo que las infama y hace objeto de desprecio. Consiste en un cuello almidonado y rizado que deben llevar sobre los hombros, y que cubre parte del cuello, al estilo de las *lechuguillas* ó *walonas* del siglo XVII (1), llamado la *colletette*. Colletetas las llamaba la Vizcondesa.

Daba á ésta mucha lástima la perdición de aquellas muchachas, y su estado infame y abyecto, que exacerbaba su carácter, acabando de matar en ellas toda idea de pudor, y conduciéndolas á mayor perversión y cinismo. Comenzó por dar trabajo á varias de ellas, que parecían menos descocadas, encargándoles algunos trabajos de encajes, á que por lo común se dedicaban, y que les pagaba mejor que en los almacenes y talleres, con lo cual lograba captar sus voluntades, dándoles de paso buenos consejos, y llegando al extremo de ir á las casas de algunas

(1) Quizá se les dió en España este título de *walonas* por ser moda traída de Flandes.

de ellas para enseñarles la Doctrina cristiana, fortificarlas en la fe, prepararlas á la confesión y al arrepentimiento. Pero como no podían entrar en la iglesia con su distintivo, ni quitarse éste sin autorización del comisario, que no lo permitía si no había persona que saliera por fiadora, y respondiese de su enmienda y buena conducta en adelante, la Vizcondesa las recomendaba á la policía y, por deferencia á ella, les daban patente limpia, de modo que á varias de ellas les quitó por su mano la afrentosa walonga ó *collereta*. Después las llevaba ella misma á la iglesia de la Magdalena, yendo la Vizcondesa por una acera y ellas por la otra, y en la iglesia las confesaba un sacerdote, buscado por ella y á quien las recomendaba. Así logró convertir á varias de aquellas muchachas extraviadas.



CAPITULO XIV.

Curación repentina del dolor de estómago: el milagro de Nivelles.—Proyectos de viaje con su cuñada enferma.—Votos y santos propósitos.

CORRÍA el mes de Agosto de 1848, cuando ocurrió un gran favor que hizo Dios á la Vizcondesa, obligándola á esmerarse aun más en su santo servicio. Los dolores de estómago eran cada vez más vivos y persistentes, en términos que, agotados ya todos los recursos del arte y de la ciencia, los médicos los habían declarado incurables, pronosticando un éxito desastroso, pues suponían que existía ya un cáncer en el estómago. Cierta día de aquel mes, en que estaba agobiada con fuertísimos dolores, desencajada, contraída y tendida en un sofá, había un gran banquete en la legación. A pesar del calor de la estación sentía frío, de modo que habían tenido que encenderle la estufa.

En tal situación la halló su hermano, al bajar á

su cuarto para enterarse de su estado y dar algunas disposiciones. Hablóle de un magnífico vestido que le habían traído de París, y que debía estrenar, y de la necesidad de que la peinase el peluquero, pues tenía que asistir todo el Cuerpo diplomático.— «No puedo vestirme, le dijo su hermana, aunque quisiera: ya ves como me hallo: no estoy para fiestas.» Marchóse el Embajador triste y contrariado, no solamente de verla sufrir sin poder aliviarla, sino también por la mucha falta que le hacía en aquella recepción.

Por distraerse, tomó un libro que tenía á mano, que trataba del milagro de las Santas Formas, que fueron picadas con sus puñales por unos herejes en le Bois Segner Sisac, cerca de Nivelles, de las cuales brotó cantidad de sangre, que empapó los corporales; conservándose éstos y también aquellas incorruptas. Al ver los milagros que Dios había obrado por medio de ellas, y los castigos de los que cerraban los ojos á tales muestras de omnipotencia y de la fe, negándolos ó dudando de la certeza del suceso, ó del favor de Dios, no pudo ménos de exclamar interiormente:—Yo no dudo de la autenticidad de ese suceso, puesto que la Iglesia lo tiene reconocido y aprobado, pero aun creería más si con esto se me curase este pertinaz dolor que vengo padeciendo hace diez años, sin hallar remedio para él, ni aun alivio. Mas luego, entrando dentro de sí misma, sintió remordimientos por este deseo de

padecer ménos, puesto que Dios quería lo tuviese y le daba paciencia y resignación para sobrellevarlo, y puesto que casi era la única cruz que el Señor le daba, concluyendo por decir: — ¡Y, al fin, para qué quiero yo la salud, sino, cuando más, para ejercitarme en obras de caridad!

Estando en este pensamiento y ofreciéndose á Dios, desapareció instantáneamente el dolor de estómago sin que volviera á sentirlo en adelante. Admirada de tan repentino cambio, ofreció en el acto ir á dar gracias á Dios por su curación, visitando la capilla donde se conservan las Santas Formas.

Sintiéndose, pues, buena, se vistió y subió á donde estaban su hermano y cuñada, bien agenos de contar con ella. Pasmados se quedaron al verla, y su hermano hubo de decirle:—Pero ¿estás loca? ¡Hace dos horas parecía que te estabas muriendo, y ahora vienes de gala! El pasmo de la familia y de la servidumbre fue grande, y sobre todo de la doncella Eduvigis. Atribuyóse á milagro, y por tal lo tuvo ella, que sabía lo que había sucedido. Por tal lo tuvo también el Sr. Dean; pero con gran prudencia encargó no se hablase de ello, pues que podía volver el dolor y dar lugar á burlas y habladurías; y además, porque en esta delicada materia nadie tiene derecho á calificar una cosa de sobrenatural y milagrosa, sin previo expediente formado por el Ordinario y calificado por él. Mas es lo cierto que de 1848 á 1865, en

que lo escribía la Vizcondesa, no había vuelto á sentir tales dolores tan repetidos y acerbos hasta entonces.

Decidió, pues, trabajar aún con más ahinco que antes en promover el culto del Santísimo y la salvación de las almas, y destinar á ello una gran parte de sus alhajas. Hizo llamar á un platero que las tasara y buscase comprador, y destinó su importe al socorro de iglesias pobres, por medio de la obra constituida ya con este objeto.

Con los encajes que había reunido y de los que iba recogiendo de aquellas infelices muchachas á quienes socorría y sacaba de su mal vivir, se mandó hacer un hermoso chal ó pañuelo, que sus amigas llamaron el *chal del cielo*, tanto por lo primoroso, como por el medio con que se allegaron las flores y demás de que se componía, y que le arreglaron en uno de los mejores talleres.

Pero tuvo el sentimiento de no poder ir á Nivelles á dar gracias al Santísimo Sacramento por el favor recibido; aunque varias veces lo intentó, y tuvo preparado el viaje, en el cual estaban dispuestos para acompañarla los PP. Guerrico y Bandera, Jesuitas españoles, residentes por entonces en Bruselas. Estaban estos padres y los demás de la Compañía muy agradecidos á la Vizcondesa, pues se había interesado para que se les diesen pasaportes para España, y había mediado además con la Reina de Bélgica para que cesasen algunos pequeños

desacuerdos que había entre ellos y algunos individuos del Clero , allegados á la Corte.

Pero el mayor obstáculo fué la indisposición de su cuñada que deseaba también ir á Nivelles. Lejos de poder hacerlo , tuvo que emprender otro viaje bien diferente y mucho más largo ; pues, viendo los médicos que nada adelantaba , aconsejaron que debía salir de Bruselas , y viajar por algún tiempo. Mas esto no podía ser sin que la acompañase la Vizcondesa , pues á su hermano le era imposible dejar la legación. Gran sentimiento tuvo ésta con este motivo , pues tenía que dejar su método de vida , abandonar las obras de caridad emprendidas , y quedar quizá privada á veces de poder recibir el Santísimo Sacramento. Acudió á éste , su gran oráculo y refugio , y la voz interior le repitió , como le había dicho cuando abrigaba iguales temores , antes de ir á Spá—«Yo no te faltaré : que no quede , pues , por tí el encontrarme siempre.» Ofrecióle al Señor poner de su parte todo lo posible por hallarle , y reiteró al efecto los votos que tenía hechos , incluso el de obedecer á su cuñada , procurando agradarla en todo y por todo , no sólo sin violencia , sino con gusto y prontitud , y procurar ahorrarle molestias , y no solamente á ella , sino aun á los criados y á los de las fondas.

Hallóse , pues , sin saber cómo , ligada con cinco votos. El de virginidad , que había hecho años antes : de pobreza hasta cierto punto , pues al curar del

dolor de estómago, había ofrecido dar á los pobres la mitad de sus bienes; de obediencia al P. Carasa, y ahora nuevamente á su cuñada, sin perjuicio de aquél; no faltar á la Comunión con Dios, y hacer todo lo que conociera ser su santísima voluntad. Pero aterrada á vista de tanto compromiso y considerando esto como un pacto que hacía con Dios en justa correspondencia de lo que Este le ofrecía, tuvo recelo de haberse extralimitado, contrayendo tal cúmulo de obligaciones que no podría cumplir. Consultólo, como debía, con el Sr. Dean y los Padres Jesuitas del colegio de San Miguel, los cuales los aprobaron y exhortaron á cumplirlos, con lo cual logró tranquilizar su conciencia y asegurar su espíritu por entonces.



CAPITULO XV.

Viaje por Bélgica y Francia.— Dificultades para la Comunión diaria superadas.— Casas de Arrepentidas.— Devoción á San Francisco de Paula.— Vocación de Hermana de la Caridad frustrada.

ERCA de ocho meses duró el viaje por Bélgica, Francia y España, y durante tan largo tiempo, y con los accidentes de un viaje en coche y con caballos de posta, no dejó la Vizcondesa de comulgar ni un día, cumpliéndole Dios lo ofrecido; y empleando para ello esas *casualidades* inesperadas, que la Providencia proporciona en favor de sus protegidos; las cuales, si no pueden calificarse de milagros, á veces admiran como prodigios. Ella misma las escribía diez y ocho años después, y asombrada decía: «Y como fué obra del Señor, lo digo tal cual pasó; tanto más, que prescindo tanto de mí que se me figura que no soy yo la que las ha hecho, ó por quien han pasado.»

El viaje, como de curación y recreo, se hizo con

todas las comodidades que permitían las circunstancias de aquella época, en que ni en Bélgica ni en Francia estaban apenas construidas las líneas de ferrocarriles. Llevaban un coche de viaje, fuerte y hecho á propósito. En el interior iban la Vizcondesa y su cuñada: delante el mayordomo con el cochero y maestro de postas: detrás, en otro departamento, un criado y una criada. En la vaca abundante ropa, equipaje y alhajas, y hasta la cama de la Condesa (1). El mayordomo cuidaba de todo y pagaba, pues llevaba fondos y letras.

Regularmente salían á las cinco de la mañana y viajaban hasta llegar á algún pueblecito importante, donde almorzaban, descansaban y daban un paseo, visitando la iglesia y lo demás que había de notable en el pueblo. En el coche rezaban las dos cuñadas, y tenían algún rato de recogimiento y meditación: otros ratos hablaban sobre lo que veían ó habían visto, y aun bordaban durante algún rato. La Condesa daba las órdenes por la noche para el día siguiente, y la Vizcondesa se atenía á ellas estrictamente.

Puede conjeturarse cuán difícil sería comulgar con tal método de vida, y con todo no perdió ningún día la santa Comuni6n. Ponía su despertador para

(1) Volvemos á dar á los hermanos de la Vizcondesa el título de Condes en vez del de Marqueses con que eran conocidos en el mundo diplomático.

levantarse antes de las cuatro, y salía á buscar iglesia donde poder comulgar, hallándose puntualmente de regreso á la hora señalada.

«Creo que fué en Amberes, dice, donde, al llegar, no se hallaba bien mi cuñada, y dijo que saldríamos más tarde. Salí temprano á buscar una iglesia, que al fin encontré, después de andar largo rato, pues, como era muy temprano, no hallé á quien preguntar. Era una especie de capillita pequeña y bonita, y luego salió una misa en la que comulgé, y pude hacer holgadamente oración, pues contaba aquel día con mucho tiempo.»

«Pregunté á una mujer qué capilla era: díjome que era de mujeres arrepentidas. Todo era chiquito, pero muy bonito. Excitóme esto la curiosidad, por ver si era aquello lo que Dios quería hiciese yo con mis desamparadas. Entré, y una religiosa, que era la Superiora, me enseñó toda la casita, pues eran seis las monjas arrepentidas. Lo tenían todo muy aseado, de modo que parecía aquello un juguete. Me explicaron su organización, pero desde luego conocí que no era aquello lo que Dios quería de mí y para mi obra: esto me dió pena. Ellas á su vez me hicieron muchas preguntas, y al saber que iba de viaje con mi cuñada, y que no tenía familia, al cabo de tantos años de casada, me contaron los muchos milagros que había hecho San Francisco de Paula con varias conocidas suyas, que se hallaban en ese caso, haciéndole una *trecena* durante trece

viernes consecutivos, oyendo en ellos una misa con una vela en la mano, y que no había ejemplo de una sola señora que no hubiese logrado sucesión. Lo apunté en mi cartera, pues no conocía tal santo, ni aun dónde lo hubiera en España (1).»

«Serían cerca de las nueve cuando salimos en el coche, después de haber almorzado. Durante el almuerzo conté á mi cuñada todo lo que habia visto y oído, y lo bonito que era el convento. Casualmente pasamos por delante de él, y al verlo, dije á mi cuñada:—¡Mira, ése es! Mandó parar el coche. Entramos, y vió todo el convento, y le contaron lo mismo que me habían dicho. Luego en el coche, ofrecimos al Santo hacer todo como nos lo habían dicho, por ver si Dios quería dar á mis hermanos ese consuelo de tener sucesión, pues tanto lo deseaban (2).»

«Como me contaron tantos milagros de este gran Santo y que todo lo hacía en caridad, que era todo cuanto yo deseaba, hacer todo en caridad y por caridad, le cobré desde entonces gran devoción y también mi cuñada.»

Otro día, y ya en Francia, salió de casa la

(1) El Instituto de los Mínimos, ó Victorios, se instaló en España en vida del Santo Fundador, desde el siglo XV.

(2) Sus esperanzas no fueron defraudadas, pues tuvo una hija de su nombre, que murió, y vive hoy su dignísima hija la Excma. Sra. Condesa de la Vega del Pozo.

Vizcondesa muy temprano en busca de alguna iglesia donde comulgar: estaban cerradas todas las puertas, nadie andaba por la calle; no conocía el pueblo, y, al temor de extraviarse, venía á unirse el cuidado de no saber volver á casa. En aquel apuro se encomendó á los Santos Angeles para que la guiaran. A la entrada de un callejón encontró á tres ó cuatro mujeres, que iban con mucho recogimiento. Aventuróse á preguntarles, y supo que iban á misa. Entraron en un patio, y supo que había allí una casa de Arrepentidas; pero tan pobre, que contrastaba con la que había visto en Bélgica. Sólo había un altar pobrecito en medio de una sala: ni aun había acólito. Respondían las Arrepentidas y para pasar el Misal lo alargó el sacerdote á una religiosa, que lo llevó por fuera de la barandilla al otro lado del altar, sin entrar en lo que figuraba presbiterio. El sacerdote dió la Comunión á la que hacía de acólito, á la Vizcondesa y á las cuatro mujeres. Una de ellas la acompañó á la fonda.

Otro día, después de recorrer dos ó tres iglesias sin poder comulgar, volvía á la fonda muy pesarosa, por no faltar á la hora que había mandado su cuñada, diciendo interiormente al Señor:—¡Hoy queda por Vos el que yo no comulgue! Al llegar á la fonda le dijo su cuñada que no se sentia bien, y que deseaba descansar más: volvió á salir, logró oír misa y comulgar, y volvió á la fonda. Al subir por la escalera tocó la campanilla la Condesa, pidiendo



el almuerzo y mandando enganchar en seguida.

En París se detuvieron una temporada para descansar. Allí reanudó sus relaciones con las Hermanas de la Caridad, y creyó sentir impulsos de serlo, á fin de retirarse del mundo. Comenzó á frecuentar el Noviciado y asistir al hospital para ir probando. Tropezó desde luego con el inconveniente de la Comuni3n diaria: hubo de dejar de comulgar alg3n día por obediencia, y quizá se hubiera vencido esta dificultad, pero el Se3or la llamaba por otro camino.

Al decirle á su cuñada que pensaba entrar Hermana de la Caridad, se angusti3 aqu3lla en tales t3rminos, que se agrav3 en su enfermedad. Avisaron al Conde, el cual vino al punto de Bruselas, increp3 á su hermana, vi3 al Superior de los Paulles, el P. Etienne, le manifest3 su disgusto y desaprobaci3n, y que habiéndole 3l cedido el t3tulo de Vizcondesa, y se3alado rentas para sostenerlo se opondr3a á que las sacara de Espa3a, ni las espiritualizara. Vistos estos y otros inconvenientes, el P. Etienne le neg3 el permiso para entrar de novicia.



CAPITULO XVI.

Estancia en Burdeos.—La comunidad jansenista : encargo del Arzobispo.—Oposición de personas virtuosas y distinguidas á que procurase mirar por las jóvenes extraviadas.

DE regreso para España, acordó la Condesa descansar en Burdeos durante algún tiempo. Como ésta se levantaba á las once y media y almorzaban á las doce y media, en una excelente fonda donde moraban, podía la Vizcondesa seguir su vida acostumbrada de levantarse á las cinco, oír misa, comulgar y orar hasta las diez. Decíale la misa á las ocho en una iglesia de monjas D. Luis María Dalp. Era éste un clérigo español, que hubo de emigrar de Zaragoza con el Sr. Arzobispo D. Bernardo Frances y Caballero, cuando el degüello de los frailes en aquella ciudad. Sirvióle de secretario, y habiendo heredado una gran fortuna, asistió con ella á su digno Prelado, en vida y en muerte, y después le costeó un honroso mausoleo en la santa iglesia del Pilar.

A las diez, después de dar gracias y terminar sus rezos, iba á casa del Sr. Dalp, á tomar chocolate, y todavía le quedaba tiempo para ir á la cárcel á visitar los presos, enseñarles la doctrina, hacerles algunas ligeras amonestaciones y darles algún socorro. Otros días iba al hospital, donde la recibían las Hermanas de la Caridad muy cariñosamente.

Por la tarde, y después del almuerzo, solía ir con su cuñada á la casa de Arrepentidas, fundada allí por Mademoiselle La Moruse. Le interesaba mucho aquella casa y estudiaba su organización, pero no le satisfacía, aunque todavía menos su Colegio de Desamparadas en Madrid, lo cual le producía mucha confusión, pues deseaba encontrar algún instituto, ó comunidad religiosa, ya aprobada por la Santa Sede, á la cual pudiera confiar la dirección del establecimiento, quedando á su cargo sólo el sostenerlo.

Le asustaba la idea de tener que superar dificultades para la aprobación de un Instituto peculiar para salvar mujeres extraviadas, que no tuviesen vocación de vivir como monjas Arrepentidas, sino que hubieran de volver al seno de sus familias, al servicio doméstico, ú otras ocupaciones en el siglo. Y lo peor era que no sólo el Sr. Dalp, sino también el sabio Abad de la Trapa, amigo de éste, combatían con empeño la idea de la Vizcondesa, considerando como tiempo y dinero perdidos los que se gastaran en procurar reducir al buen camino á tales mujeres, que con facilidad reinciden, como

acreditaba una triste experiencia. A tal punto llevó el Sr. Dalp entonces y más adelante su oposición á la idea de la Vizcondesa , que revocó una manda que le dejaba en su testamento para obras de caridad, reduciéndola á diez mil reales, en vez de diez mil duros que primero había consignado , y eso que ya para entonces tenía fundado su instituto y aprobada regla. Eso prueba cuán ardua era la empresa, á juicio de aquellos sacerdotes ; pero otras más difíciles supera la caridad con el favor divino.

Las señoras de Burdeos favorecieron mucho con su trato á la Vizcondesa, invitándola á varias reuniones de caridad , distinguiéndose en tal concepto la Condesa de Saint-Exuperie.

Pero fué más notable el favor que le dispensó el Sr. Arzobispo. El Cónsul de España en aquella plaza, Sr. de Oviedo , invitó á un convite á las dos cuñadas. Como era soltero, hubo de invitar también á otras señoras para que hicieran los honores de la casa. Con gran sorpresa de ellas asistió el Arzobispo. El Cónsul advirtió á la Vizcondesa que el prelado deseaba hablarle, y aprovechaba aquella ocasión, por no visitarla en una fonda.

Cuando acabaron de tomar el té , se acercó el Arzobispo , y después de felicitarle por su devoción y frecuencia de sacramentos , le preguntó si no le chocaba que no hubiera más que una misa en la iglesia de las monjas donde la decía el Sr. Dalp , y que no hubiera apenas culto.

Era aquella iglesia de unas religiosas cismáticas, tristes residuos del añejo jansenismo francés. Suplicóle, pues, el prelado que tratase con ellas y viera de reducir las, ardua tarea para una seglar y extranjera. Hubo de hacerlo con harto disgusto y recelo, por obedecer al prelado. Recibida con sequedad y á duras penas por la superiora, habló á ésta con tal unción y humildad que logró enternecerla. Daba por excusas para no comulgar, las triviales de los jansenistas, á saber, que se necesitaba gran pureza, que era más respetuoso abstenerse, que era preciso tener directores muy discretos, y el que les imponía el prelado no era de su satisfacción. Después de otra entrevista, hubo tambien de hablar á la Comunidad por orden del prelado. Verificóse esto en un gransalón y con gran aparato. Eran las monjas unas sesenta, y por lo demás de buenas costumbres: la confusión de la Vizcondesa era grande y apenas sabía qué decir. Dios debió poner palabras en su boca, pues logró lo que se deseaba, de que obedeciesen al prelado. Al concluir la Vizcondesa, les pidió perdón de rodillas, lo cual las enterneció.

Alegróse de ello el señor Arzobispo, y dispuso que comulgase con la Comunidad, después de haber hecho ellas unos ejercicios con los Directores designados por el mismo.

CAPITULO XVII.

*Regreso á España.—Casualidad providencial en Vitoria.
Riesgos en Guadarrama y aventura de ladrones.*

PARA poder comulgar en Vitoria, arregló la Providencia una de esas *casualidades*, con que ella arregla del modo más fácil y sencillo las dificultades, al parecer, insuperables. Llegaron allá por la noche, y debían salir á las cinco de la mañana; pero la Colegiata y demás iglesias no se abrían hasta las siete por aquel tiempo. Era, pues, imposible comulgar.

Retirada en su cuarto la Vizcondesa, y cubriendo su rostro con la mano, daba algunos suspiros, doliéndose de ello, y temiendo que alguna falta suya la hubiese hecho indigna de recibir la Sagrada Eucaristía al día siguiente. Con sencillez vascongada abrió la vidriera una doncella de la fonda, y

le preguntó cariñosamente si tenía alguna pena ó dolor, que pudiera ella aliviarle. Sorprendida la Vizcondesa de aquella importunidad, tan ajena á la etiqueta de las fondas extranjeras, y temiendo no creyese que era por alguna rencilla doméstica, hubo de decirle la verdad. Dios lo permitió así.

Habían pasado dos horas, y apenas había logrado conciliar el sueño, cuando volvió la misma doncella, y abriendo las vidrieras, con no poca extrañeza de la Vizcondesa, le dijo con gran satisfacción: — ¡ Señora, mañana á las cuatro tiene V. misa !

Explicóle en seguida que, al llegar el correo, estaba un señor canónigo de Vitoria esperando á un amigo qu venía en él. Chocándole el magnífico carruaje de las ilustres viajeras, dijéronle de quién era, y tomando cartas en la conversación la buena y sencilla muchacha, hubo de manifestar al señor canónigo el sentimiento que tenía una de ellas por no poder comulgar temprano, al día siguiente, antes de marcharse. Al oír esto el canónigo, mandó avisar al sacristán que estuviese á las cuatro en la iglesia colegiata (ahora catedral), y á la doncella que avisase á la viajera.

« ¡ Cómo me quedaría yo ! exclama la Vizcondesa. En tales momentos se vuelve una loca, y no sabe con qué pagar amor tan fino de Dios. ¡ Bendito sea mil veces ! »

« A las cuatro estaba en la iglesia : á las cinco,

en la fonda, habiendo logrado oír misa, comulgar y estar lista para seguir el viaje.»

Aquel día tuvo presentimiento de alguna desgracia próxima, pero sin saber cuál. En Burgos se detuvieron á dar gracias á Dios, y pedirle la feliz terminación del viaje.

El peligro estaba en Guadarrama. Cuatro días hacía que estaban esperando allí el coche unos ladrones, pues suelen éstos estar mejor servidos que la policía. Sabían que venía la Condesa en coche propio, y con muchas alhajas.

Al subir el puerto, se rompió una rueda: atáronla como pudieron, y hubieron de seguir á pié hasta el alto del puerto, á donde llegaron de noche, y tuvieron que descansar. ¿Sería casual la rotura?

Las señoras entraron en el único cuarto que había, y en él las alhajas, dejando el coche en un cobertizo. El mayordomo había quedado en Burdeos, pues no sabía español: los criados que traían eran franceses; la criada hablaba español. Al entrar en la cocina para disponer la cena, vió en ella la Vizcondesa cinco ó seis hombres de muy mala traza. El corazón comenzó á latirle con violencia. Calculó desde luego el peligro y se encomendó á Dios, pidiendo las defendiese, y que á ella le diera serenidad y valor.

Llamó aparte á la ventera como para darle un recado, y desde luego le dijo:

— Veo que van á robarnos : sálvenos V., y no lo perderá.

— Señora, bien quisiera , pero son muchos. No se acuesten VV. ni se den por entendidas.

Convinieron en que hablarían de que el postillón avisase al cura del pueblo inmediato para que les dijera misa, y que con ese pretexto avisaría á la Guardia civil. Los ladrones, después de cuchichear en voz baja, se marcharon. La posadera les advirtió que vendrían á las dos de la noche, pues el correo pasaba á cosa de las diez. Algún rato después llegó el cura con el postillón y una pareja de civiles. Reconocido el coche, se halló que no tenía fácil compostura, pues al arreglarlo poco antes, lo habían echado á perder más : otra casualidad ladronesca.

Llegó el correo, y entre la Vizcondesa y el Cura lograron convencer al mayoral de que les permitiese entrar en la berlina , aunque con disgusto de un caballero inglés que iba en ella muy arropado. Consiguieron también colocar las alhajas en la vaca del coche. Así se arregló todo, aunque con harta extrañeza de la Condesa, á la cual no se dijo el peligro hasta que ya había pasado.

Al llegar á Madrid, salió D. Cirilo Bahía en posta para recoger el coche y los criados , y gratificar á todos espléndidamente , incluso el cura , que estuvo muy fino, y á quien se encargaron las misas que se habían ofrecido á la Virgen de la Soledad,

cerca de cuya ermita había sucedido el percance.

Hasta aquí la vida de la Vizcondesa tiene algo de novela. Novela española y de viajes no podía carecer de aventuras de robos y ladrones. Al menos así piensan los extranjeros y lo pintan siempre nuestros novelistas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

PARTE SEGUNDA.



LA
VIZCONDESA DE JORBALÁN
EN SU COLEGIO DE MADRID.



EL regreso de la Vizcondesa á Madrid tuvo lugar el día 15 de Setiembre de 1848. En los diez años que mediaron hasta la muerte del P. Carasa en el de 1858, su vida fué un continuado purgatorio , sacrificando su salud, fortuna y reputación al sostenimiento del Colegio de sus Desamparadas, sola , desfavorecida , calumniada y ridiculizada , y en su interior con no pocas vacilaciones y angustias de espíritu y padecimientos corporales.

Por fin, en la tercera época de su vida, cuando ya su vocación estaba conocida y afianzada, cuando ya tenía comunidad, regla aprobada, apoyos y crédito, y llevaba hábito religioso, y se llamaba la Madre Sacramento, y le pedían fundaciones , y veía propagarse su naciente instituto; la fatiga era como la

del verano; recolectaba frutos, crecía la mies y Dios enviaba operarias á recogerla. Pero ¡ el invierno de los diez años qué triste había sido !

¡ Cuán bella y exacta es la frase de la Sagrada Escritura cuando dice :—Iban llorando y esparciendo sus semillas; pero algún día vendrán con regocijo recogiendo y llevando sus gavillas! (1).

Vamos á ver, en esta segunda parte, este penoso invierno decenal de la que aún era la Vizcondesa de Jorbalán; pero ya dejado el mundo y viviendo en su Colegio y para su Colegio, sin pensar todavía en ser monja y siendo Vizcondesa de título, y casi mendicante en realidad.

(1) *Euntes ibant et flebant mittentes semina sua.*

Venientes autem venient cum exultatione portantes manipulos suos.



CAPÍTULO XVIII.

Disolución de la Junta de Señoras para el sostenimiento del Colegio.—Nombramiento de Hermana Mayor de la Doctrina Cristiana.—Disgustos de las Hermanas y de la Vizcondesa con ese motivo.

EN cuanto supieron las Señoras de la Junta el regreso de la Vizcondesa, la citaron á casa de la Marquesa de Malpica, y allí acordaron dejar el Colegio, convencidas de que las mujeres extraviadas eran incorregibles. La Vizcondesa llevó el mal rato que es de suponer, y manifestó que no solamente no creía imposible su conversión, sino que creía necesario continuar trabajando en ella, y que por su parte no pensaba desistir. De las siete muchachas ya sólo quedaban tres. El ajuar se reducía á siete camas y poco más. Pidió por favor que se las dejaran, y accedieron á ello, diciéndole que, cuando se disolviera el ya casi nulo Colegio, las diera á siete pobres.

Cuando la Vizcondesa dijo que pensaba aumentar el número de acogidas, hubo quien la dijo, como en són de burla: — Señora, cuando tenga V. doce, avise V., que iremos á admirarla.

¡Qué estrechos son los cálculos humanos, cuando no se cuenta con Dios! Solamente la Presidenta, Marquesa de Malpica, le ofreció seguir abonando los cuarenta reales mensuales, mientras durase el Colegio. La Marquesa de Alcañices le remitió dos mil reales, que quedaban de la rifa y venta del caballo y de la suscripción.

Quedó, pues, disuelta la Junta, y el Colegio, desde aquel momento, por cuenta de la Vizcondesa. Algunas de las Señoras ni aun se habían querido molestar en asistir á la Junta.

A este desaire siguió otro mayor. La Congregación de la Doctrina Cristiana, establecida en el Hospital de San Juan de Dios, acordó nombrarla Hermana mayor, en reemplazo de la difunta señora de Grande. Ejercía el cargo Doña Eulalia Vicuña y Riaza, cuyo hermano D. Manuel era de los más asiduos y laboriosos de la Congregación. El nombramiento de la Vizcondesa no solamente no satisfizo á las Señoras, sino que todas, ó casi todas, propusieron dejarla. Vinieron á comunicarle su nombramiento el Hermano mayor D. José Laguna y el padre espiritual D. Juan Nepomuceno Lobo, que acababa de ordenarse de sacerdote, y poco tiempo después tomó la sotana de jesuita. Instáronle mucho,

pero ella rehusó; pues le repugnaba el cargo, y áun para ir al hospital, tenía que vencerse mucho, por la fetidez que exhalaba y la repugnancia que solía inspirarle. Uníase á esto que la modista que había tomado, virtuosa y buena cristiana como pocas, por cuyo motivo la había preferido, aunque modesta, le había manifestado lo mal recibido que había sido su nombramiento; pues ella era también de la Congregación, y más adelante entró en las Salesas. Decían que la Vizcondesa era orgullosa, dominante y altanera, de genio fuerte, y que pretendería mandarlas con despotismo. Algunas, con caridad á su modo, añadían que de tertulias, modas y teatro entendería algo, pero de hospitales nada. Hay algunas personas muy piadosas, pero también muy *nimias*, á quienes no cabe en la cabeza que Santa Isabel de Hungría, y su sobrina la de Portugal, fueran Santas, siendo Reinas y ántes de ser monjas. Resolvió, pues, evitar que se disolviera la Congregación. Instaban los Sres. Lobo y Laguna, añadiéndole que así podría sacar de allí más muchachas para su Colegio; pero esto no era razón, pues ni necesitaba ser Hermana mayor para lograrlo, ni halagaba eso á las Señoras, cuando precisamente varias de ellas tenían aversión á la idea del Colegio, que casi todas creían imposible, ó por lo ménos difícilísimo.

Viendo la repugnancia de la Vizcondesa, acudieron los Sres. Lobo y Laguna al P. Carasa: acudió también ella y le expuso sus razones. No se atrevió

aqué! á mandarle, pero le aconsejó que arrostrase aquella humillación por amor de Dios.

Llegó á la sala del Hospital de S. Juan de Dios, donde se había de verificar la Junta, saludó á todas con gran amabilidad, y en seguida comenzaron la mayor parte de las presentes á darle sus disculpas para despedirse, con las consabidas fórmulas de falta de salud, graves ocupaciones, cuidados de familia, falta de aptitud, y demás del formulario de lo que puede llamarse *la humildad del amor propio*, que consiste en cierta humildad que no es humilde, pero que pasa por tal y abunda mucho. Oyó á todas con paciencia, como si no estuviera en el secreto, y terminada la serie de estudiadas y humildísimas despedidas, les dijo con gravedad (1):

—«Hermanas y Señoras mías: bien conozco que el venir á este hospital es muy penoso, y que tal vez sus ocupaciones les obliguen á dejar de hacer esta obra de caridad tan grande; y á mí, que me reconozco por la más inútil y sin virtud, la obediencia me tiene aquí. Sí, Señoras; la Junta de Señores, y el Sr. Lobo, nuestro Padre espiritual, me lo han mandado, y yo he admitido por hacer á Dios el mayor de los sacrificios, que quizá se me presente en

(1) Puede compararse esta situación con la de Santa Teresa, cuando la hicieron Priora de la Encarnación, y su arenga con la de ésta muy parecida en el fondo, y hasta cierto punto, y salva la diferencia en santidad.

toda mi vida; pues sé la oposición de ustedes, y la resolución de salir todas á mi entrada. Como acabo de ver, tienen razón, y es muy justa su repugnancia, pues tengo todos los defectos que se me imputan, y por tanto, les ruego en caridad, que me enseñen un poco la marcha que ustedes siguen, porque en esto de obras de caridad me hallo tan ignorante, que necesito la ejerciten conmigo, y no duden que Dios se lo pagará, tanto más que, si logran mi conversión, no será menor que la de una de estas infelices.»

Añadió algunas otras frases á este tenor. Las Señoras se miraban unas á otras. Comenzaron á ofrecerle que vendrían algunos días para enseñarla la marcha de las obras, y, no solamente volvieron, sino que continuaron en la Congregación, y la fueron reconociendo por Hermana mayor, cuando fué reelegida una y otra vez.

Al disgusto de la disolución de la Junta se le agregó otro, de recién llegada. Varios confesores habían vacilado en consentirle la Comuni6n diaria, según hemos visto. En Madrid se iba poniendo en uso entre las señoras, y comenzaban á pretender la personas que quizá estaban lejos de merecer tan especial favor. El P. Carasa y D. José Ramírez, tío de la Vizcondesa y Rector de Italianos, le dijeron desde luego que no creían estuviere en el caso de continuar con esa devoci6n, viviendo tan aseglaramente. Su tío se burló mucho de ella: el P. Carasa estaba serio. Ella dijo que se sometía á lo que

mandasen, pero que pensaran bien lo que hacían, y sobre todo que lo encomendasen á Dios en el santo sacrificio de la Misa. Mandáronle suspender la Comunión al día siguiente. Marchóse afligida, pero resuelta á obedecer; mas antes de llegar á su casa, la alcanzó un criado de su tío, diciéndole de parte de ambos que comulgara al día siguiente.

Mas aun así, el P. Carasa creyó que debía cercenar bastante del lujo que había traído de París, y sobre todo, en el vestir. Ella seguía usando de ortigas y otras mortificaciones, sobre todo en beber agua, penitencia muy disimulada. Usaba cilicio grande y aun dormía con él muchas noches, se bañaba en agua muy fría y hacía otras mortificaciones.

Yendo una vez á confesarse con el P. Carasa, en la iglesia de Capuchinos del Prado donde aquél decía misa, la regañó ásperamente por venir á la iglesia con vestido de seda y sayas muy almidonadas, crugiendo aquélla y metiendo ruido con éstas. Prohibióle venir de aquel modo y tan hueca. Al otro día fué sin enaguas y con un vestido de merino, tan escurrida y estrafalaria, que daba que reír á las que la veían. Llamó la atención del P. Carasa, que quizá lo había hecho por probar su humildad y obediencia. Preguntóle porqué venía de aquella facha, y diciéndole que lo hacía por habérselo mandado, prohibióle venir otra vez de aquel modo y sin enaguas, mandándole que á la vuelta fuera á su casa en coche.

A poco de haber venido á Madrid, le encargó el Sr. Arzobispo Bonel y Orbe una comisión muy delicada, por el estilo de la que le había confiado el Sr. Arzobispo de Burdeos, pues se trataba de saber los motivos de desacuerdo que había en una Comunidad de Religiosas, acerca de la cual recibía el Prelado noticias muy contradictorias de varios confesores. Hay cuestiones de mujeres que sólo las arreglan ellas.

Hubo de ir allá con la Superiora de las Hermanas de la Caridad del Hospital, según la indicación del Prelado. Escuchó á todas una por una, comenzando por las inferiores, para que éstas no creyesen que se dejaba influir por la Prelada. Era ésta muy buena religiosa, pero de carácter algo débil y demasiado complaciente, pues, como la comunidad estaba pobre, no se atrevía á cortar ciertos abusos, porque no se dijera que alejaba á los bienhechores. Temía también que no se le obedeciese, aun cuando prohibiera demasiado locutorio y conversaciones con seglares. Además, en vez de tener un confesor de Comunidad, cada una tenía el suyo, y cada cual les aconsejaba á su modo. Dió á cada una en el acto algún consejo cariñoso, sin imponerse, ni mandar nada.

La cocinera se le quejó de su triste suerte, pues entre el fogón, fregar pucheros y tocar la campana se le iba el día. Cuando estuvieron reunidas, por dar una lección á todas, y sobre todo á la cocinera, dijo

á la Superiora que era una compasión que aquella religiosa anduviera siempre en la cocina, que quizá podría ver si valía para secretaria. La quejosa dijo que no sabía escribir.

—Pues bien, por lo menos servirá V. para lectora.

Señora, tampoco : no sé de letras.

—Pues entonces, siquiera para cantora ú organista.

Tampoco sé de música.

—Pues, hermanita, si no sabe tocar más que la campana, conténtese con eso y los pucheros, porque, sinó, ¿qué se iba á hacer en el convento?

Manifestó al Prelado su parecer. Este mandó al P. Carasa y á D. José Ramírez, les dieran ejercicios, y quedó reformada la Comunidad.



CAPITULO XIX.

Instalación del Colegio en la calle de Jardines : sus inconvenientes.—Traslación á otra casa en la calle de D. Pedro.—Las supuestas viudas Teresita y Doña Rita ó Filomena.

DESAMPARADO ya el Colegio y disuelta la Junta, la Vizcondesa, fija en su propósito de sostenerlo, conociendo que era la voluntad de Dios, y previendo confusamente su vocación, se dedicó á reorganizarlo y aumentarlo, lejos de consentir en disolverlo. A las tres acogidas, únicas que restaban, añadió por de pronto cuatro más, que había socorrido desde el extranjero; con lo que completó hasta siete, por devoción á los Dolores de la Santísima Virgen. Por siete reales diarios alquiló un cuarto modesto en la calle de Jardines, cerca de la casa de sus hermanos, con los que vivía en la calle del Caballero de Gracia, núm. 33, lo que le permitía visitarlas con frecuencia y vigilarlas, á lo que contribuían las señoras de Gaviña, que vivían enfrente. Puso de

Directora además á una señora bastante buena , á la que daba habitación, ropa, mesa y ocho duros al mes, y una criada para la compra y recados. A las cinco de la mañana iban á misa á San Luis de dos en dos, por no llamar la atención, y también á confesar y comulgar cuando les tocaba. Tenían en la casa un modesto oratorio para sus rezos. Reducíase éste á una mesa de pino con un cuadro de la Virgen de los Desamparados, dos velas, unos vasos con flores, y un crucifijo: todo era pobre y sencillo, pero aseado. La Directora exigía salir los domingos, y entonces tenían que quedarse la Vizcondesa, ó el P. Carasa, que les dirigía alguna plática.

Iba bien el naciente Colegio, pero á fuerza de gastos y de vigilancia; mas aquello no podía satisfacerle. Soñó una noche que veía á sus colegialas bajar de dos en dos con diferentes trajes. En lo alto había un grupo como de religiosas vestidas de blanco y negro, que las vigilaban, pero no las distinguía bien. Suéñase por la noche de lo que se trae entre manos durante el día, ¿y en qué había de soñar la Vizcondesa? Con todo, el sueño se le fijó mucho en la imaginación y jamás lo olvidó: ¡tánta fué la impresión que le hizo!

Aunque la casa de la calle de Jardines iba, al parecer, bien, con todo, la Vizcondesa no estaba satisfecha. Un día, en que sentía cierta inquietud interior, sin saber porqué, fué á la casa. Preguntó, registró y nada halló en que tropezar, sino en un

ventanillo abierto, con el que chocó, y lo cerró de un manotazo, con algo de enfado. Quedáronse pasmadas las acogidas, y á poco se postraron á sus piés pidiéndole perdón, llorando y diciéndole:— ¡Ay, Señorita, ya lo sabe usted! Miró al postigo, pues nada sabía, y entonces le confesaron que hacía tres noches hablaba una de ellas por allí con un novio, que le ofrecía casarse con ella. Prometieron no volver á darle ningún disgusto, y las perdonó, pero quedó poco satisfecha de la Maestra.

Como el Hospital de San Juan de Dios le proporcionaba de continuo pobres muchachas convalecientes y medio arrepentidas, á quienes había que atender, en breve se aumentó hasta catorce el número de Desamparadas, y, como no cabían más en la casa, fué preciso pensar en buscar otra mayor, cosa harto difícil, pues nadie quería arrendarle ninguna habitación en sabiendo para lo que era. Había además otro inconveniente, pues la calle tenía mala fama, por haber en ella casas de gente de mala conducta. De ahí el que personas desalmadas se propasaran á molestar á las acogidas cuando iban á misa, y á veces á llamar en el cuarto, con malas ideas y peores palabras. Llegó la inmoralidad provocativa hasta el extremo de que la Vizcondesa misma tuviera que acompañarlas al ir á la iglesia de San Luis, para vigilarlas y protegerlas.

En el Oratorio del Caballero de Gracia pidió al Santísimo con gran fervor le proporcionase casa á

propósito. Tres días después le concedía el Señor la petición, pues un amigo suyo y de la casa le trajo noticias de un caserón grande, que había en la calle de Don Pedro, núm. 1, y que se alquilaba en 24.000 reales anuales. Era el dueño de la casa un señor Marqués, amigo suyo, que tuvo la amabilidad de cedérsela con muy ventajosas condiciones, el día 1.º de Abril de 1849. Gastó seis mil reales en arreglarla, poniendo en ella cuarenta camas para colegialas, y diez para una comunidad, cuando la tuviera, como deseaba. Puso además la ropa suficiente de camas, mesa y vestir, con tres mudas de ropa para cada colegiala. Para los gastos le ayudaron algunas personas de la tertulia; pero no sus hermanos, pues llevaban á mal se afanase tanto á favor de aquellas desdichadas, y por ese motivo no querían auxiliarle para el sostenimiento del Colegio, á pesar de su habitual esplendidez. Pidió además licencia para tener oratorio, y la obtuvo de Roma, habiendo quedado instalado en el mes de Julio de dicho año 1849, con todo lo necesario para misa y culto, á fin de evitar que las acogidas tuvieran que salir á misa ni á la iglesia. Todo esto era ya un gran adelanto; pero traía más cuidados y mucho mayores gastos.

Llevó, pues, allá sus doce colegialas, poniendo al frente de ellas una maestra llamada Doña Teresa, ó más comunmente Teresita, y otra llamada Doña Rita, y además para los recados á un pobre muchacho: todos tres le dieron no pocos disgustos.

Las condiciones de Teresita eran muy distintas de las de la llamada Rita.

Teresita era una modista, hija de unos pobres zapateros de portal á los cuales ayudaba á mantenerse con su trabajo. Confesaba con el P. Carasa y era muy dulce y modosita, aunque no de mucha finura ni primores. Vestía modestamente como beata, y andaba siempre con la vista baja y muy compungida. Tenía unos treinta años. La Vizcondesa hubo de llevársela al Colegio con sus padres para que sirvieran de porteros y recaderos, y aun le dió cierta superioridad sobre las otras, como protegida del P. Carasa, y de más talento y finura: se daba además muy buena maña para hacerse obedecer y respetar, aun de la misma Filomena, sirviendo mucho en este concepto y para la dirección de los trabajos de costura y labores. Por lo que hace á Filomena, antes conocida con el nombre de Doña Rita, su vida y aventuras eran casi la repetición del caso núm. 1, de que se habló en el cap. IV, pero con muy peores circunstancias y mayor malicia.

Vivía en un pueblo con una abuela suya rica, y un hermanito: era linda, fina, coqueta, de diez y nueve años de edad y mucho talento y travesura. En la esperanza de la herencia tenía muchos aduladores, y lo peor era que no contribuía poco á malearla quien debiera haberla corregido. Vino de paso al pueblo un caballero de Madrid, que acababa de casarse con una rica señora de provincias. Vió á la

*

bella lugareña, y no le fué muy difícil conquistarla con palabra de casamiento. Trájola á Madrid donde tenía un gran destino, ofreciéndole verificar la boda en Madrid, para evitar las dilaciones y malquerencias del lugar. La presentó en varias tertulias aristocráticas á título de su mujer, tomando parte en algunos conciertos. Se ausentaba él á temporadas para ir á ver á su mujer legítima, pretextando que iba á buscar los papeles para casarse, hasta que se cansó de ella. Los amigos del supuesto novio, que estaban en el secreto, acabaron de pervertirla, y, vendido lo que tenía, enferma de alma y cuerpo, y llena de vergüenza, no atreviéndose á volver á su pueblo, hubo de ir á parar á las salas de San Juan de Dios, diciendo que era viuda de un caballero joven y rico, que la había arruinado con sus calaveradas.

Compadecidas de ella las buenas Señoras de la Doctrina Cristiana, y creyendo su novelita de viudedad postiza, que llevaba bien estudiada, la mimaban á porfía, y lo mismo los practicantes y sirvientes, de modo que trataba á las Señoras con despego, y casi como criadas, pues, como vestían modestamente, se consideraba superior á ellas. Habiéndolo observado la Vizcondesa, á cuyo ojo perspicaz no podía ocultarse esta grosera altanería, ni los malos resultados de aquellos mimos y halagos, conoció que era necesario usar con ella de otra táctica; así que pasaba por su cama sin saludarla más

que ligeramente con la cabeza, y sin dirigirle la palabra, y se iba á dar lección á las más pobres y enfermas. Había enfrente una casi moribunda y hedionda, pues sus úlceras asquerosas despedían gran fetidez, y producían asco y repugnancia. A ésta prefería la Vizcondesa, por lo mismo que le costaba mucha mortificación el acercarse á ella, cuanto más hablarla y mirarla.

La señorita Rita, nombre que se daba, ó *Ritita*, como la llamaban algunas de las Señoras, no pudo menos de extrañar que aquella señora tan elegante no hablara con ella, y pasara tanto rato con una mujer tan *ordinaria* y *podrida*, como la de enfrente, y que puesto que *les pagaban* por venir á enseñarles la Doctrina, también ella tenía derecho á que le hablase. Con gran sorpresa supo que las *Hermanas de la Doctrina Cristiana* no solamente no cobraban nada, sino que iban por caridad y daban dinero encima, y que casi todas eran señoras en toda la extensión de la palabra, y mucho más que ella.

Dijéronlo á la Vizcondesa las otras Hermanas, y entonces le preparó otro golpe más sensible para su orgullo. Había logrado Rita que le diesen la cama del núm. 15, que estaba junto á una gran reja próxima á la puerta del Hospital, y desde donde dominaba la calle, y aun podía ver á los que entraban. Solía la Vizcondesa dejar el coche en la plazuela de Antón Martín, pero aquella tarde, sobre ir vestida de seda y con más lujo, hizo que llegase el

coche hasta la puerta, apeándose casi enfrente de la reja, desde donde la vió con asombro la Ritita, admirada de que aquella *hermanuca* tuviese coche con dos magníficas yeguas, cochero y lacayo con librea. Al ver pasar de largo á la Vizcondesa, sin hacerle más que la ligera demostración de costumbre, herida en lo más vivo de su orgullo, no pudo menos de llamarla, y preguntarle con despecho, qué motivo tenía para no hablar con ella.

—Se lo diré á V., le replicó la Vizcondesa con mucha seriedad. Yo no gasto conversación con las que no vienen aquí escarmentadas ni arrepentidas, que leen novelas, reciben billetes, y coquetean en estas tristes salas con los de dentro y los de fuera, dándose además coloretos.

La lección era de mano maestra y el golpe certero.

—¡Si por eso es, le dijo la enferma, téngalas usted! Y en el acto le entregó las novelas y las cartas. Comenzó desde entonces á tratarla, pero siempre con seriedad, pues Rita fingía admirablemente. Aun algunas de aquellas buenas señoras no podían menos de extrañar que la Hermana mayor no tratase con más cariño á una señorita tan fina, linda y discreta. En vano fué que les avisara que las engañaba, pues una de ellas le había tomado tanto cariño, que se la llevó á su casa, contra el dictamen de la Vizcondesa, que le dijo:—V. lo pagará, y antes de un mes.

Para que viese que á ella no la engañaba, añadió á Rita:—Si se vé V. mal, y está deveras arrepentida, véngase V. á mi Colegio: ya sabe V. cómo se vive allí; pero tiene V. que dejarse de coqueterías y fingimiento.

Salió todo como la Vizcondesa había previsto, pues se burló de la buena señora y de un sacerdote joven é inesperto que la dirigía, y de quien ella se burlaba, en tales términos, que la bondadosa Hermana tuvo que ponerla en la calle después de varios y no pequeños disgustos. Viéndose en tal situación y sin recursos, acudió al cabo al Colegio. Acogióla con desconfianza la Vizcondesa, y le puso por nombre Filomena, para encubrir el suyo verdadero y aun el de Rita que no convenía conservara.

En breve logró dominar á la Maestra y sobreponerse á todas. Al paso que Teresita procuraba no salir, y guardaba recogimiento, Filomena gustaba de bullir y ser vista, haciendo siempre de señorita interesante é inocente, aunque se decía viuda. Escapábase con la Maestra al café: súpolo la Vizcondesa, y fué al Colegio en ocasión en que estaban en aquel sitio. A la vuelta las reprendió, y despidió á la Maestra. Avínole bien á Filomena, pues se apoderó del Colegio: se hacía obedecer y respetar, viendo satisfecho su orgullo. Descubría todo con gran sagacidad, y lo refería á la Vizcondesa; pero el vigilarla á ella, era un continuo tormento. Y lo peor era que había quien increpaba á la Viz-



condesa por su dureza, llegando alguna Señora á decirle que debía llevar en su coche á aquella señorita tan linda y tan amable, para que se distrajera un poco.

Luego veremos el pago que le dieron las dos Maestras, tanto Teresita, la beata y soltera, como la supuesta viudita Filomena, á cuyo cargo puso primeramente el naciente Colegio.



CAPÍTULO XX.

Aumento de dotación por la Comisaría de Cruzada.—El Colegio á cargo de unas religiosas extranjeras.—Sublevación del Colegio, durante una ausencia de la Vizcondesa.—Alborotos y escándalo durante tres días.—Resolución enérgica y decisiva.

LEGAMOS al período *crítico* en la vida de la Vizcondesa, cual fué el ensayo de poner su Colegio á cargo de unas religiosas extranjeras, con éxito tan poco lisonjero como con las primeras maestras. Este período fué en verdad decisivo para ella, porque de este mal éxito resultó el que la Vizcondesa tuviera que fundar su instituto, según las miras de la Providencia, con las cuales ella no acertaba. Y es crítico también, porque, como hubo desacuerdos, ruidos y aún escándalo en aquel suceso, por mucho que estos tristes acontecimientos se atenúen, siempre producen una impresión desagradable y dolorosa, que el escritor católico tiene obligación de suavizar, explicando los designios de la Divina Providencia, y procediendo con caridad cristiana, evitando

pormenores prolijos, y aún más los irritantes, evitando parcialidades, y no callando lo que sea necesario para la verdad, y aún para útil enseñanza en el porvenir, pues que nada sucede sin que Dios lo disponga, y esto para sus altísimos fines.

Quería Dios que la Vizcondesa se dedicase personalmente, en cuerpo y alma, á salvar las de pobres jóvenes extraviadas, y que lo hiciera por sí misma. Quería ella, por el contrario, hallar un instituto ya formado, que lo hiciera, excusándose ella de la dirección, y reservándose una mera cooperación. En lo humano era esto lo natural, lógico, sencillo y aún en lo cristiano lo más humilde, modesto y hacedero; pero no era lo que Dios quería, y este desvío de las miras de la Providencia lo pagó bien caro, aunque ella aún no las conocía claramente. Huía de la voluntad de Dios como Jonás: levantóse tempestad, y pasó tres días que ni los otros tres del Profeta al agua. Dios obra con energía hacia el fin, pero va disponiendo las cosas suavemente (1).

Estando un día en la celda del Prior de San Juan de Dios, que aún vivía en su hospital con algunos religiosos, aunque exclaustrados, llegó el Comisario de Cruzada, Sr. Santaella, y felicitó á la Vizcondesa por el buen pié en que tenía su Colegio.

—¿Cuánto le cuesta á V.? le preguntó.

Cuatro mil reales mensuales.

(1) *Agit ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter.*

—Y ¿cuánta gente tiene V.?

Treinta y seis personas, que son las que puedo sostener.

—Pues bien; yo le daré á V. cuatro mil reales mensuales, y con eso podrá V. doblar su número.

No, Señor, no me conviene: quiero llevar sola el peso de la casa, pues estoy escarmentada. Si hay disgustos, me los paso yo sola, y no tengo que dar cuenta más que á Dios. Del dinero ageno no puedo disponer como del mío.

—Pues bien, señora, la obra es muy buena: le daré á V. los cuatro mil reales por vía de limosna, y áun sin recibo, y además las Bulas gratis para todas las de su casa.

El P. Prior le insinuó que pidiese además la casa contigua en la calle de Atocha, que llevaba quince ó veinte años sin alquilar, y, por la fundación, debía servir para jóvenes que salieran del hospital de San Juan de Dios y durante su convalecencia. Pero tenía cláusula de reversión, y había con ese motivo algunos enredos. Pidióla, en efecto, por dos veces á la Junta de Beneficencia, y se la negaron.

Quando se vió con aquel aumento tan considerable de recursos, creyó llegado el momento de llevar á cabo su anhelo, de confiar su Colegio á una comunidad religiosa formal, y ya formada.

El primer proyecto de la Vizcondesa fué llevar á su establecimiento Hermanas de la Caridad, pues les tenía gran cariño, y se entendía bien con ellas.

Dijéronle que su Regla les prohibía tratar con tales mujeres. Entonces no faltó quien le hablara de un instituto que había en Francia, y que ya tenía algún establecimiento en Madrid, el cual se dedicaba á la educación de mujeres, y no repugnaba la de éstas. Aun le dijeron que tenían casas de ellas, lo cual no era cierto, pues no eran las del Buen Pastor. Con la Superiora que había en Madrid, estipuló que vendrían desde luego siete religiosas que hablasen español, y luego tres más que lo aprenderían. La Vizcondesa pagaría los gastos de viaje y los de regreso á Francia, ó á su país, si no les probaba el clima, ó enfermaban. Debía dárseles casa, cama, mesa y asistencia en salud y enfermedad, y además tres reales diarios á cada una para sus gastos, y poder remitir algo á la casa matriz. La Vizcondesa se comprometía además á protegerlas en los casos en que fuera necesario, acudiendo ella al Gobierno.

Sería de desear el poder omitir lo que sucedió, pero fué tan grave, y público, y de tal modo influyó en la vida de la Vizcondesa y fundación del Instituto de Adoratrices, que no es posible callarlo del todo, aunque se lo despoje de todas las circunstancias que no sean esenciales, pues la malignidad de los impíos se aprovecha á veces de tales noticias para exagerarlas y torcerlas á malos fines. De donde las abejas sacan miel, las arañas chupan veneno.

Vinieron tres religiosas que hablaban algo español. La Vizcondesa conoció desde luego que no

tenían experiencia para tratar con la clase de mujeres con que habían de alternar, pues les inspiraban éstas repugnancia y hasta miedo. Fueron viniendo otras que ni sabían castellano, ni tampoco gran cosa de labores; así que Filomena tenía que enseñarles uno y otro, y Teresita cuidaba de la casa: ésta intimó mucho con las religiosas, pero Filomena por el contrario.

Desde luego manifestaron á la Vizcondesa las religiosas, que venían engañadas, pues se les había dicho que se trataba de un colegio de niñas pobres, pero se les había ocultado la índole de ellas, y su instituto no era para tratar con tal gente.

Para mayor desgracia de la Vizcondesa, el padre Carasa estaba enfermo, y no pudo, ó no quiso, entender en el asunto. Todavía fué peor que se ingirió en él un curita extranjero, joven, listo (demasiado listo), con muchas ganas de figurar, falto de aplomo, y el menos á propósito que pudiera hallarse para dirigir la casa, ni aun á las religiosas, pues tuvo casi toda la culpa de lo que pasó. Desde luego trató de alzarse con la casa, y sugirió á las religiosas, que era muy feo que una Comunidad dependiese del capricho de una mujer seglar y metida en cosas del mundo. Era esto porque la Vizcondesa había advertido que los rezos se llevaban con poca pausa. Advirtió ésta otro día que habían inventado un juego de *españolas* y *francesas*, figurando en un bando las que eran más adictas á ella, y en otro las

menos afectas: al frente de las españolas se hallaba Filomena, y Teresita con las francesas. Esto le disonó mucho, como cosa ajena á la caridad, ocasionada á rivalidades de nacionalidad y patriotismo, y poco conforme al espíritu religioso. Resultó que ni ella estaba satisfecha de las nuevas directoras, ni éstas de ella. Una voz interior parecía decirle: — ¡No es eso lo que yo quiero de tí!

Fuese á Guadalajara, á fin de tener unos días de retiro y hacer ejercicios. Cuando volvió al cabo de quince días, y fué al Colegio, estaba allí la Superiora de otra casa de Madrid, bajo cuya dependencia estaba la del Colegio de la Vizcondesa, y le prohibió á ésta entrar, diciéndole, que una señora del gran mundo no era para mandar en monjas. Mas ¿era este motivo para alzarse con la casa y con lo que pagaba la Vizcondesa de su bolsillo? Si no les convenía ¿tenían más que marharse? Cuando San Francisco Caracciolo se desavino con el caballero Jacobo de Gratis, por motivos análogos, aquel Santo no se le alzó con la casa, sino que buscó otra.

Mas era el caso que el clérigo extranjero se había ingerido en la Comisaría de Cruzada, y gozaba allí de gran privanza. Costábale á la Vizcondesa trabajo el cobrar los 4000 reales mensuales, y él había cobrado de un golpe 7000 reales de atrasos. Cómo se hacen estos milagros en las Tesorerías españolas es bien sabido, y la de Cruzada venía siendo objeto de murmuraciones y maledicencia, más ó

menos justas, desde el tiempo de Carlos IV, y aun más en los días de Fernando VII.

La Vizcondesa, al ver que cerraban la puerta, y la dejaban en el portal, se arrodilló ante el cuadro de Nuestra Señora de los Desamparados, y, á pesar de que «estaba como si fuera de mármol,» como ella dice, puso la casa de nuevo bajo su protección, y se puso ella misma.

Fué á dar cuenta al Sr. Cardenal Arzobispo Bonel y Orbe, y éste le manifestó que nada podía hacer en el asunto, pues aquellas religiosas pretendían ser exentas, y no reconocían su jurisdicción (1). Aconsejóle que viese al Nuncio de Su Santidad, Monseñor Brunelli. Este la recibió muy bien, sabiendo quién era, y se mostró indignado de tal procedimiento, y le autorizó para acudir en queja al Gobierno, diciéndole, entre otras cosas, que «con malos medios no se logran buenos fines.»

En vista de esto acudió al Gobernador civil, que lo era D. José Zaragoza, muy amigo suyo y de su hermano. En esto quizá no estuvo atinada, pues hubiera sido menos estrepitoso haber acudido á los tribunales civiles para interponer un interdicto de

(1) Como se estaba tratando por entonces del Concordato, fué este hecho uno de los que se adujeron contra las exenciones, que por este y otros muchos abusos y discordias en materia de jurisdicción, al cabo fueron suprimidas por el de 1851.

despojo, como se decía entonces, puesto que la casa estaba á su nombre: mas quizá hubieran desobedecido al Juzgado, como desobedecieron la intimación del Gobernador. Cuando éste vió aquel desacato, hizo venir una compañía de tropa, advirtiendo á las religiosas, que si no salían por buenas saldrían por malas. La Vizcondesa sintió esto mucho, pues había suplicado al Gobernador que interviniese para arreglarlo buenamente y sin ruido. Por desgracia estaba el curita listo dentro del Colegio y excitaba á la resistencia. La Vizcondesa estaba en su coche algo apartada, los balcones llenos de gente, y se oían desde fuera los alaridos y las carreras de las acogidas, á las cuales se les había hecho creer que las iban á llevar presas.

Cuando entró la Vizcondesa con el Gobernador, algunas la insultaron, y la misma Teresita le dijo melosamente, que nada quería con ella, pues se iba con las religiosas, que le habían ofrecido darle el hábito.

Pasaron en esto tres días: el de la expulsión de la Vizcondesa, el de la ida de ésta con el Gobernador, y el de la vuelta de éste con la tropa.

Al tercer día de estas deplorables escenas, salieron las religiosas á las dos de la tarde, en tres coches, con el curita francés, que amenazó á la Vizcondesa entérminos harto descomedidos. Esta se hallaba en su coche á cierta distancia, « más muerta que viva,» como ella dice, y fué no poca su sorpresa

cuando vió abrir la portezuela del coche, y que entraba el anciano y virtuoso cura de San Andrés, sujeto de carácter algo duro, pero muy recto, y que no siempre se había mostrado propicio á los deseos de la Vizcondesa. Sabía bien lo que había pasado, y que esta señora obraba autorizada por su Prelado y por el Sr. Nuncio; así que, no sólo le dió la razón, y la consoló, sino que le ofreció su apoyo, que no fué pequeño consuelo en tan amargo trance.

Luego que salieron las religiosas la Vizcondesa suplicó al Gobernador hiciese retirar la tropa, y se empeñó en entrar en el Colegio. Disuadía el señor Zaragoza, pues se temía no sólo que la insultasen, sino que se propasaran á mayores violencias. Por si acaso, y una vez retirada la tropa y los agentes de orden público, hizo que la acompañara el Secretario del Gobierno civil, en representación de su autoridad.

Al entrar en el Colegio halló allí un caos, ó, como suele decirse, *un infierno*. Encomendóse á Dios y á la Santísima Virgen, y aparentando una serenidad que no tenía, dió una fuerte palmada, que era la señal que tenía para mandar silencio. Gracias á Dios callaron todas, con sorpresa del Secretario y aun de la misma Señora. En seguida, y en vez de ruegos, les dirigió una fuerte reprensión por su ingratitude, echándoles en cara, una por una, lo que por ellas había hecho, y haciéndolas avergonzarse y bajar los ojos.

—¿No fuí á sacar á V., Fulana, de la buhardilla

donde estaba muriéndose de hambre? A V., Zutana, ¿no la traje de San Juan de Dios para que no volviese al paraje donde había perdido su salud y su honra? Y V., Mengana, ¿no vino á suplicarme que la amparase? ¿Qué motivo tienen VV. ni han tenido para sublevarse contra mí, y para este alboroto? ¡Digan VV.!

—¡Es que nos van á llevar presas!

Es falso; la tropa se ha retirado, y no se piensa, ni ha pensado en tal cosa.

—¡Es que no tenemos maestras!

Otras vendrán tan buenas ó mejores.

—¡Tenemos miedo!

Ya se les pasará á VV.: yo me quedo aquí.

Y en el acto y delante de ellas mandó que de casa de su hermano trajeran su cama, y que viniera su doncella, para dormir allí aquella noche.

En seguida inspeccionó la casa. Apenas quedaba nada del ajuar; los pocos colchones que por allí había estaban casi sin lana. Como echó de ménos toda la ropa blanca y observó que todas iban muy huecas, adivinó que iban *empaquetadas*. Les hizo desnudarse y quedarse con la ropa ordinaria, pues llevaban dos y tres camisas, enaguas y vestidos. Supo que nada habían comido aquel día, y mandó al punto traer pan, huevos y algunos comestibles para hacerles á toda prisa unas buenas sopas, y entretanto dió algunas disposiciones enérgicas para restablecer la clausura, el silencio y la disciplina. Con dolor observó, desde

luego, que faltaban las muchachas mejores y que le eran más adictas, las cuales habían sido expulsadas una á una durante los quince días anteriores, en que había estado ausente.

El Secretario estaba admirado del éxito obtenido, y del ánimo y energía varonil de aquella señora, y de que se tomase tanta pena y molestias por tales mujeres, unas *perversas* y otras *pervertidas*. Subió de punto su admiración al ver entrar la cama de la Vizcondesa y la de su doncella, y ponerla en la misma habitación, donde hacía arreglar los jergones y destrozados colchones en que habían de dormir aquellas infelices. Parecíale al Secretario una locura, y así lo manifestó, pues temía que la asesinasen aquella noche. Ella le manifestó que confiaba en Dios y en su Santísima Madre, bajo cuyo amparo estaba, y que de allí venía su confianza. Asombrado, marchó á dar cuenta al Gobernador.

Restablecido el orden, y haciendo la Vizcondesa de maestra, se rezaron las oraciones y se acostaron todas, aunque no satisfechas, ni del todo tranquilizadas. Tampoco las tenía todas consigo la Vizcondesa.

Nada pasó en aquella noche de crisis de su vida; verdadera crisis, pues, según la frase clásica, había pasado el Rubicón. Dejaba su casa, su fortuna, sus comodidades, su tranquilidad, y se venía con su atemorizada doncella á pasar la noche... con unas mujeres deshonoradas y pérdidas, hez de la sociedad,

con las que ninguna persona decente podía tratar ni entenderse sin manchar su reputación y su decoro. Pero el Angel de la Guarda la cubría con sus alas, y le sonreía, mientras que vigilaba los pensamientos y velaba el sueño intranquilo de aquellas desdichadas criaturas, sacadas por ella del fango del vicio, y que quizá llevaría en pos de sí al cielo, después de una vida de arrepentimiento y expiación.

La Vizcondesa de Jorbalán comenzó en aquella triste noche á dejar de ser Vizcondesa.

La Madre Sacramento comenzó en aquella noche, por otro lado venturosa, á convertirse en religiosa, para merecer aquel nuevo nombre y título.

El velo que ocultaba su porvenir comenzaba á rasgarse, y la voluntad de Dios á ser clara y trasparente para ella y para su Director.



CAPITULO XXI.

Reinstalación del Colegio.—Salida de las que prefirieron ir con las religiosas.—Veleidades de Filomena y vuelta de Teresita.—Las simplezas de Pepito.

CONVIENE continuar la narración con las palabras mismas de la Vizcondesa en su manuscrito:

.....
«Fuíme á la pieza donde habían puesto mi cama: allí me esperaba la Isabel llena de pena, porque ni había yo almorzado, ni comido, y quería que me acostara.»

—«¡Déjeme V. de acostarme, cuando tengo el corazón lleno de penas! Y rompí á llorar, pues no sabía lo que había de hacer al día siguiente. Las dos pasamos la noche vigilando aquella gente, que, por fin, á eso de las tres, se quedaron rendidas del cansancio de todo el día, ó días. Yo me fuí á la capilla, donde ya no tenía al Señor Sacramentado,

pues creían que todo se desharía á la salida de las religiosas.»

«Pasé una noche cruel, afligida, y formando planes y cálculos. Mandé recado al cura párroco, y él nos dijo la misa, y puso al Señor en el Sagrario: esto ya me dió grandes fuerzas, y me sentía con ánimo para todo. Yo misma les hice el chocolate, y sopas; puse la mesa, y entre Isabel y yo les arreglamos todo para cuando se levantaran. Se tocó la campana, y yo hice de maestra. Mandé comprar camas, ropa, todo lo que más falta hacía, y á las nueve ya tenía mi gente sentada y haciendo labor. Por las caras y meneos de cabeza, conocí yo en algunas malos modales y disgustos. Me fuí á la capilla á pedir luz al Señor, y que me enseñara lo que debía hacer, pues temía que á poco más no me obedecieran, y esto sería el mayor de los males. De pronto se me ocurrió una idea, que fué hacer lo que aprendí del juego inventado por las religiosas.»

«Formé un corro, y les hablé lo que yo quería entendieran.»

— «Ya que saben VV. mi plan, veamos lo que ustedes quieren; pero dicho sea con paz, respeto y buen modo, y como hablan las hijas con su madre.»

«En efecto, cada una dijo su sentir: que las monjas las iban á llevar con las señoritas, y mezcladas con ellas no se sabría cuál había sido su vida; que tendrían jardín de recreo, y á la comida principio y postres, y otras cosas á ese tenor, y además

que llevarían á su país á las que quisieran ser religiosas.

—«Pues yo nunca les daré á VV. más que lo que les doy, pues por su clase no les corresponde otra cosa. Mas no quiero privar á VV. de esa suerte y bienestar. La que quiera irse con las religiosas, se pone en pié: la que quiera quedarse conmigo, que se esté sentada. Catorce se pusieron en pié: las llevé á otra pieza, y me quedé con diez ó doce, muy contentas, pues conocían que aquellas ofertas eran irrealizables, y que sólo tenían por objeto que no quedara ninguna en la casa, y probar al Gobierno que no querían vivir en ella y conmigo sin las religiosas.»

«Mandé en seguida un recado á la Superiora para saber si en efecto cumpliría la palabra dada á las chicas, de llevarse consigo á las que quisieran irse con ellas, y que mandara á buscarlas, si era cierto lo que ellas decían les habían ofrecido. Como yo quería darles ejemplo de caridad, y que las perdonaba, tanto á unas como á otras, estaba por mi parte dispuesta á dejarlas libremente las que quisieran irse.

»En efecto, á la hora vinieron dos, la una Teresita, que me dejó bruscamente, y una religiosa, vestida de seglar, y se llevaron diez, porque cuatro se arrepintieron de marcharse. Fué indudablemente una medida inspirada por Dios, que dejó contentas á todas; á las religiosas, porque tenían una prueba

del cariño de las chicas, y de la calma con que yo tomé todo lo ocurrido; pues prohibí que se hablara mal de ellas, ni tampoco de aquellos sucesos; y yo también me quedaba satisfecha, pues tenía más facilidad de manejarme con menos gente.

»Busqué dos mujeres, una para la portería, la Mariquita, que era de las familias que socorría, y Pepito y su madre para lo demás, cocina y recados. Así pasé diez días en la casa sin dejarlas para nada, haciendo de maestra y de todo, hasta guisar. El Cura de San Andrés venía todos los días á decirnos la Misa, y me animaba mucho, pues había sentido el haber dado asenso á lo que contra mí se dijo.»

Hasta aquí la Vizcondesa. Pero es preciso detenerse un poco en ver los tristes auxiliares con que por entónces pudo contar, para sacar adelante la quebrantada navecilla de su Colegio, en medio de otra peor é inesperada borrasca que le esperaba, más negra y aflictiva que la pasada.

El Pepito de quien acaba de hablar la Vizcondesa, era un joven, hijo de una señora americana, que en adelante dió mucho que hacer á la Vizcondesa, y aún á varios Prelados, á pesar de ser un ente raro y algo simple. Su madre, que había quedado arruinada, con tres hijas y aquel niño, había venido á parar á España: todos cinco eran casi ciegos, y estaban enfermos de hambre y miseria.

Llegóse la madre un día á pedir limosna á la Vizcondesa. Compadecida al oír su relato, pidió las

señas de su domicilio, según acostumbraba, y halló ser cierto lo que decía. Desde entonces comenzó a socorrerlos. Hizo que los visitara su médico, el señor Isern, que lo hizo por caridad, pagando las medicinas la Vizcondesa, y dándoles de comer, pues era la medicina que más necesitaban. A Pepito hizo que aprendiera á escribir en el colegio, y le ocupaba en repartir esquelas é invitaciones, y recaudar las suscripciones y donativos de algunas Congregaciones. Era de pocos alcances y hacía reir con sus simplezas, alardeando de beaterio. Predicaba lo que oía y leía, á su modo, con gran hilaridad de los sirvientes de casa de la Vizcondesa, con los cuales comía. Empeñóse en ser sacerdote, y no aspiraba ménos que á ser misionero apostólico y convertir muchos infieles. Más adelante dió algo que hacer á varios Prelados, valiéndose del nombre de la Vizcondesa, á la que acarreó graves disgustos, difamándola, y llegando en Barcelona á ponerle pleito, y exigirle pensión y alimentos.

A la madre y hermanas proporcionaba la Vizcondesa el hacer calceta, única labor en que podían ocuparse por su falta de vista, y las sostuvo durante más de doce años, hasta que fueron muriendo.

A casa de ellas había llevado á Filomena, poco antes de marcharse á Guadalajara, pues las religiosas la trataban con excesiva dureza, tanto por las habituales ligerezas de ella, como por considerarla demasiado adicta á la Vizcondesa. A pan y agua la

tenían en una buhardilla, cuando hubo de interceder por ella, y es posible que lo mereciera, pues cuando proporcionaba disgustos no eran flojos, y aun en casa de la madre de Pepito, se los dió muy graves á la Vizcondesa, sosteniendo relaciones con un título de Castilla, las cuales descubrió su protectora providencialmente, pues engañaba á las pobres ciegas con gran destreza. A la salida de las religiosas, la volvió la Vizcondesa al Colegio, reponiéndola en su cargo de maestra, que unas veces desempeñaba admirablemente, y otras de una manera perversa, como veremos luego, y esto segundo era lo más común.

Hasta la melosa Teresita hubo de venir, poco después, á echarse á los piés de la Vizcondesa, deplorando su ingratitud. No solamente no le daban el hábito, sino tampoco lo que le daba la señora para sostener á sus padres putativos. Añadió que habiendo ido á confesar con un clérigo español, no la quiso absolver, si no salía del Colegio á donde había ido, y reparaba las injustas difamaciones. La Vizcondesa ni aun le echó en cara su perfidia, sino que, por el contrario, la admitió benévolamente, sin hacerse gran violencia, y la repuso en su cargo de maestra, y con retribución. De este modo logró ver en breve reorganizado su Colegio.

El justo motivo por que el sacerdote español no la quiso absolver, lo supo la Vizcondesa más adelante, pero no es para referido.

CAPÍTULO XXII.

Nueva tormenta.—Difamaciones con los Prelados y personas piadosas.—Repulsas del Sr. Arzobispo y Comisario de Cruzada.—El Sr. Cura de San Andrés intenta quitarle de la Capilla el Santísimo.—Disgustos con la familia y amenazas.—Deudas y apuros para salir de ellas.

DIEZ días pasaron con gran tranquilidad, luego que salieron las que habían preferido marchar con las religiosas. La calma, la disciplina y el silencio se habían restablecido, y el orden parecía asegurado en el Colegio. Mas por fuera soplaban vientos contrarios, y en el horizonte se acumulaban densas nubes contra la pobre Vizcondesa, que iba á verse en breve abandonada de todos..... de todos, menos de Dios. ¡Qué caro iba á pagar su triunfo, si es que había triunfado! De pronto vió levantarse contra ella á cuantos le habían favorecido en su anterior conflicto, sobre los que ya antes la insultaban. El Arzobispo, el Cura de San Andrés, su hermano, su familia, sus parientes y amigos, sacerdotes, religiosas, piadosos caballeros, bienhechores de la

casa, todos contra ella, y hasta el confesor enfermo, disgustado y displicente. Y vinieron sobre ella cuentas, deudas, trampas, fraudes, calumnias, groseras sátiras, insultos en todas formas, desde los más destemplados, hasta los suavécitos, que penetran como finísima y acerada lanceta.

Llamóla el Arzobispo, y le preguntó si era cierto que comulgaba diariamente, y con qué autoridad. Díjole que confesaba con el P. Carasa, y que tanto éste como sus directores en el extranjero le habían autorizado para ello. Manifestó extrañeza de que se le autorizase para ello *con la vida que llevaba*. La Vizcondesa no comprendió todo el alcance de la frase, y creyó se aludía á su lujo, ó mejor dicho, al de la casa de su hermano; pero se habían vertido groseras calumnias contra ella. El Prelado no se atrevió á quitarle la Comunión diaria; pero la despidió diciéndole:—«Señora, cátese V., y déjese usted de colegios y de esas mujeres.»

¡Qué le habrían sugerido al Sr. Bonel, que siempre la había favorecido y amparado?

D. Santiago Masarnau, que iba al Colegio á enseñar algo de canto á las acogidas, no quiso volver.

El cura de San Andrés, que pocos días antes la había consolado y protegido en su mayor angustia, se presentó en el Colegio muy enfadado contra ella, y le dijo que se iba á llevar al Santísimo, pues la capilla era indecente, y que no debía habitar el Señor en semejante casa. La mayor parte del Clero